

Selección
TERROR
CLARK CARRADOS
EL FANTASMA DE LA SOMBRA ROJA
SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



ST
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

CLARK CARRADOS

EL FANTASMA DE LA SOMBRA ROJA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 373
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 4.949 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

El hombre había entrado en la casa solitaria, mitad por necesidad, mitad por echarle un vistazo y ver qué podía obtenerse de aprovechable en aquel edificio. Llovía a cántaros y, aunque Georges Simmons tenía su coche en buenas condiciones y podía haber continuado su camino, decidió detenerse en aquella casa y tentar a la suerte.

En realidad, el objetivo de Simmons estaba cien millas más al norte. Debía llegar a una determinada población, en la que tenía el encargo de vigilar una sucursal bancaria, en la que siempre había abundancia de dinero y poca o nula vigilancia. Era miembro de una distinguida banda de atracadores y, por lo general, a él le tocaba, casi siempre el papel de informador, papel que desempeñaba a la perfección en todas las ocasiones.

Pero Simmons no desdeñaba otros medios de obtener dinero. Hasta la mañana siguiente no tendría que iniciar la vigilancia del objetivo y eran sólo las nueve de la noche. Tenía tiempo más que sobrado para echar un vistazo al caserón.

A lo mejor, encontraba un par de valiosos candelabros de plata. O una cubertería del mismo metal. Quizá alguna joya olvidada por los dueños, ahora ausentes. También podía apoderarse de un cuadro, cuya tela cortaría con la ayuda de la afilada navaja que siempre llevaba consigo.

Abrir la puerta le resultó fácil, con una ganzúa. En la mano derecha llevaba una potente linterna eléctrica, que le permitió moverse sin necesidad de encender las luces del edificio. Vio una gran consola a la entrada, con un enorme candelabro, y pasó el índice por la oscura y mate superficie del mueble. Había polvo de muchos meses.

El candelabro era bueno sólo en el aspecto artístico y lo dejó de lado inmediatamente. Avanzó unos pasos más. De pronto, se detuvo ante un retrato de tamaño natural y lo contempló durante unos segundos.

Era una pintura extraña, atrayente y repulsiva a un tiempo. Simmons torció el gesto. Aquella hermosa mujer debía de haber sido un demonio. Su maldad parecía transparentarse en la perversa sonrisa que el artista había fijado para siempre, en el lienzo. Y, sin embargo, era tan bella...

El pelo negro, casi azulado, y sus labios parecían pintados con sangre fresca. Vestía una especie de túnica blanca, de estilo antiguo, que dejaba al descubierto el seno izquierdo, de contornos clásicos. Su mano izquierda caía a lo largo del costado, en tanto que la derecha sostenía una bola de cristal.

—Debió ser una adivinadora... de lujo —rió Simmons entre dientes—. Pero si yo me la hubiera encontrado, le habría hecho adivinar...

Ladeó la boca. Aquel cuadro le resultaba cada vez menos agradable. Había un detalle, sobre todo, que le hizo estremecer.

La dama estaba en una habitación brillantemente iluminada, por la luz del sol que penetraba a raudales a través de una ventana, apenas insinuada en el

cuadro.

Pero la sombra era roja.

Un color escarlata oscuro, muy acentuado, incongruente en absoluto con el tema general de la pintura.

—¿De dónde sacó el artista que las sombras son de color rojo? —masculló Simmons.

Pero aquel cuadro, si se lo llevaba, le iba a reportar muy poco dinero. Arriba, en el primer piso, podía encontrar algo más valioso.

Resuelto, acometió la escalera situada a pocos pasos. Guando llegaba al corredor superior, notó la extraña sensación de que había alguien en sus inmediaciones.

El sonido de la lluvia continuaba en el exterior, monótono, interminable. Simmons volvió la cabeza, pero no vio a nadie.

Avanzó unos pasos más. Todavía seguía percibiendo aquella extraña sensación. Era como si alguien tuviera ojos fijos en él, sin apartar la vista un solo segundo.

De repente, oyó un ruido extraño.

Volvió la cabeza. Un ronco grito brotó de sus labios al ver la forma fantasmagórica que avanzaba a lo largo del corredor, ingrávida, sin el menor movimiento de unas piernas que la transportasen sobre el suelo.

Simmons retrocedió, hasta que sus hombros chocaron con la pared. El espectro continuó su marcha. Simmons vio el rostro de una mujer..., no hacía mucho que lo había contemplado en el vestíbulo...

Quiso gritar, pero su garganta estaba seca. El fantasma pasó por su lado, arrastrando consigo su sombra roja.

En alguna parte, había una luz que lanzaba la sombra hacia la pared junto a la que se encontraba Simmons. El intruso la vio acercarse y pasar sobre su cuerpo.

Entonces, sintió un horrible dolor. Gritó, chilló, manoteó... Se abrasaba vivo... El dolor era insufrible y quiso correr, pero, de repente, le fallaron las fuerzas y cayó al suelo. Todo se borró de sus ojos inmediatamente y se hundió en una sima de hondura infinita..., donde la noche era roja.

* * *

—La casa le gustará, se lo aseguro, si lo que busca es tranquilidad, señor Land.

Shorty Land asintió, mientras contemplaba las fotografías que le tendía la hermosa mujer que tenía ante sí.

—No digo que disfrute de un aislamiento absoluto —continuó ella—, porque sería tanto como engañarle y nunca me ha gustado engañar a mis clientes. Epping Village está a unos tres cuartos de milla y, en las inmediaciones de West Field, hay dos casas más. Fíjese en la vista aérea, por favor.

Land contempló la fotografía que te recomendaban. Sí, había dos edificios relativamente cerca del que pretendía tomar en alquiler. Uno estaba a cosa de seiscientos metros y el otro, algo más alejado, a novecientos.

El más cercano parecía bastante grande. El otro era una casa de una sola planta, aunque de apariencia sólida y, seguramente, cómoda.

—Creo que me quedaré con la casa que me ofrece, señora Hardley—dijo al cabo.

—De todos modos, le sugiero que no acepte mi proposición antes de ver la casa. Le dejaré las llaves, para que pueda examinarla por sí mismo. Todos los servicios, agua, luz y demás, están en perfectas condiciones. Una vez por semana, acude una mujer desde el pueblo para dar un repaso. Posiblemente le agradará que la tome a su servicio. Es muy pulcra y discreta.

—Quizá lo haga —sonrió Land.

Pamela Hardley sacó unas llaves del cajón central de su mesa y se las tendió al visitante.

—Puede ir a West Field cuando guste —añadió—. La asistenta se llama June Edwards. En Epping Village le indicarán dónde vive.

—Gracias, señora Hardley... ¿Puedo hacer un comentario?

—Claro —accedió ella, sonriendo.

Land estudió a la mujer durante unos segundos. Era muy hermosa, de senos opulentos, cabello rojizo y elegantemente vestida. Debía de tener unos treinta años, magníficamente llevados.

—Cuando acudí a su agencia, no me imaginaba encontrarme a...

—¿A una mujer? ¿Pensaba acaso que iba a encontrar a un hombre ya viejo y de voz cascada, con cuello duro y corbata de plastrón? Bueno, ése es mi padre, pero hace ya algún tiempo que dirijo la agencia.

—A su marido quizá le desagrade...

—Por favor, señor Land, no le creí tan reaccionario. Además, no tengo marido.

—Oh, lo siento.

—Yo no lo lamento en absoluto. Me encuentro muy bien viuda. Aunque, a veces, es cierto, me siento algo sola...

—Quizá yo pueda aliviar su soledad, por esta noche.

—¿Me está invitando a cenar?

—Si he dicho algo inconveniente, lo retiro en el acto.

—¡No, por favor! —Exclamó ella con vehemencia—. No retire la invitación.

Land sonrió. Era joven y apuesto y, aunque sabía necesitaba la soledad durante una temporada, para su trabajo, no le disgustaba tomar parte en una aventura que prometía tener momentos muy agradables.

—Entonces, indíqueme la hora en que debo venir a buscarla, señora Hardley.

Ella sonrío.

—A las siete en punto..., y me llamo Pamela.

* * *

A las doce en punto de la noche, entraron en el apartamento de Pamela. Land, galante, le ayudó á quitarse la capa de pieles, con lo que sus redondos hombros quedaron al descubierto, enormemente atractivos, cálidos y sedosos. Land puso las manos inmediatamente sobre aquellos hombros, todavía detrás de la mujer, y besó el perfumado hueco del cuello.

En aquella posición, podía ver el profundo valle de los senos, que el escote del vestido apenas cubría. Al sentir la caricia, Pamela se estremeció ligeramente y emitió una suave sonrisa.

—No te hagas ilusiones. Te he invitado solamente a una copa, para concluir una velada muy agradable —dijo.

—Será una velada fúnebre si me contento solamente con la copa —murmuró él—. Además, ya hemos tomado una al salir del teatro.

Sus manos ascendieron a los senos. Bajo la tela, no había otros obstáculos.

—Shorty, quieto, por favor —rogó ella.

—¿Cómo dices? No oigo bien...

—Eres un pequeño canalla.

—En todo caso, un canalla de metro ochenta y cinco y setenta y ocho kilos de peso.

Land soltó uno de los tirantes del vestido. Sus dedos pellizcaron hábilmente el rojo vértice que remataba el seno. Pamela echó una mano atrás y le acarició la mejilla.

—Vas a dejarme desnuda, gran canalla —jadeó.

—Sí.

Land le quitó el otro tirante. La parte superior del vestido cayó hacia abajo.

—Shorty, termina tu tarea en otro sitio —pidió ella.

—Encantado.

Pamela se dejó quitar la ropa en el dormitorio. Land no tardó mucho en estar tendido junto a ella. La miró unos instantes y luego la abrazó con todas sus fuerzas. El fuego de la pasión lo envolvió en ardientes llamaradas que, durante un buen rato, le hicieron sentirse en un mundo completamente distinto.

Luego descansó junto a Pamela. Ella se inclinó un poco y empezó a acariciarle el pecho con la yema del índice.

—No me has defraudado —murmuró, lánguidamente.

—¿Acaso lo temías?

—El hombre es siempre un pozo de sorpresas. He conocido a algunos que tenían una fachada impresionante, pero que luego resultaban sólo hermosas estatuas de carne y hueso. Tú, en cambio, eres tan distinto..., tan fogoso, pero tan delicado...

—Me gustaría seguir oyéndote. Nunca me han elogiado tanto —rió él, halagado.

—Bueno, he dicho lo que siento... Y, la verdad, casi me dan ganas de pedirte que no alquiles West Field. —Pamela se echó a reír—. Ya ves, eso va en contra de mis intereses.

—Bien, mi encierro no va a ser el mismo que el dé un monje cartujo —contestó Land—. Podré abandonar West Field cuando quiera..., y tú también puedes ir a visitarme de cuando en cuando.

—Será cosa de pensarlo —dijo ella.

De pronto, se arrojó sobre el joven. Land percibió contra su pecho el turgente contacto de los senos femeninos y sus manos resbalaron por los flancos de Pamela. Ella se estremeció ligeramente.

Sus ojos aparecían corno vidriados y tenía la boca entreabierta. Land la atrajo hacia sí y las dos bocas se confundieron en un quemante beso.

Transcurrieron largos minutos. Al fin, agotada, Pamela se dejó caer a un lado.

—Te echaré de menos, Shorty —dijo.

—Y yo a ti —contestó Land.

De pronto, ella se echó a reír.

—¿Qué te pasa? —preguntó el joven, intrigado.

—Es curioso. A lo mejor te encuentras con el fantasma de la sombra roja —dijo Pamela.

—¿Cómo? ¿Hay un fantasma en West Field?

—Oh, no; en Barclay House, la casa que está a seiscientos metros de la tuya. Es una historia muy antigua...

Land buscó cigarrillos, encendió uno y se lo dio a su bella anfitriona. Luego dijo:

—Me apasionan las historias de fantasmas. Cuéntame, Pamela, por favor.

CAPITULO II

A Land le gustó la casa y volvió a Londres para formalizar el contrato. Preparó todo para su viaje, teniendo en cuenta que iba a residir algunos meses en West Field, y una vez tuvo todo listo, fue a despedirse de Pamela Hardley.

La despedida resultó muy agradable y Pamela se mostró ardiente y apasionada. A la mañana siguiente, le prometió que pronto iría a visitarle.

Land tenía ya todo dispuesto y partió de inmediato. Poco después de mediodía, se detenía en Epping Village.

En su viaje anterior había hablado ya con la asistenta. June Edwards se alegró mucho de verle y prometió estar en West Field a las nueve de la mañana.

—Y si me necesita antes...

—Oh, no, las nueve es una buena hora. Hasta mañana, June.

—Buenas tardes, señor.

El resto del día, Land lo pasó acomodando todos los libros y objetos personales que había llevado consigo. Más tarde, se preparó una ligera cena y luego, con un libro en las manos, se sentó en un butacón.

Poco más tarde, empezó a llover. El ruido de la lluvia se hizo manso, monorrítmico. Land empezó a dar cabezadas. La noche anterior apenas había pegado ojo. Cerró el libro, fue a su dormitorio, se desvistió y, pocos momentos más tarde, estaba dormido como un tronco.

Cuando despertó, vio que lucía un sol radiante. El cielo aparecía casi completamente limpio, con algunas nubes de resplandeciente blancura. Abrió la ventana y respiró a pleno pulmón el aire del campo, tan distinto del que respiraba a diario en Londres.

Frente a él, parcialmente oculta entre los árboles, se alzaba la masa oscura de Barclay House. Land recordó la leyenda que le había contado Pamela. Una historia muy tétrica y, naturalmente, increíble en la mayoría de los puntos.

La casa estaba deshabitada actualmente. Land celebró la circunstancia; ello le aliviaba de preocupaciones causadas por unos vecinos que tal vez podían resultar demasiado oficiosos.

El otro edificio quedaba más allá de Barclay House, invisible a causa de los árboles y de la misma curvatura del terreno. Alguien vivía en él, pero Pamela no le había dado demasiados detalles sobre el particular y él no se había preocupado en absoluto del asunto.

June Edwards apareció a las nueve de la mañana. Inmediatamente, dio comienzo a su trabajo. Land, después de instruirla debidamente, reanudó la tarea que no había podido completar la víspera.

Una hora más tarde, llamaron a la puerta.

—¡No se moleste, June! —Gritó el joven—. Yo abriré.

—Está bien, señor.

Land se dirigió hacia la puerta. Al abrir, vio a un hombre de uniforme ante

el umbral.

—Buenos días, agente. ¿Puedo servirle en algo? —se ofreció cortésmente.

—Buenos días, señor —saludó el recién llegado—. Soy Michael Enders, el policía de Epping Village. Hablé anoche con la señora Edwards y me comunicó su llegada. Sólo he venido para ofrecerle mis respetos y comunicarle que estoy a su disposición por completo.

—Mil gracias —sonrió Land—. Es usted muy amable, señor Enders. Celebro conocerle... Pero ¿no quiere pasar y tomar una taza de té conmigo? ¿O prefiere un buen whisky?

Enders, un hombre todavía joven, robusto y de rostro campesino, se ruborizó ligeramente.

—Estoy de servicio y no sé si debo...

Land lo agarró por un brazo. Le convenía cultivar la amistad con las gentes del pueblo.

—Oh, vamos, vamos, señor Enders. Le aseguro que nadie se va a enterar —dijo jovialmente.

Enders chasqueó la lengua momentos más tarde.

—Un buen whisky, sí, señor —elogió, mientras contemplaba su vaso—. Celebro tenerle como vecino, aunque sólo sea por unos cuantos meses.

—Muchas gracias.

—Esta es una comarca muy tranquila, señor. Aunque a veces pasan cosas extrañas... Supongo que June se lo habrá contado ya.

—Pues... no, no me ha dicho nada. Pero ¿es que ha sucedido algo?

—Bueno, hace un par de semanas, encontramos a un hombre muerto en Barclay House. Como está deshabitada, yo suelo darme una vuelta dé cuando en cuando, para echarle un vistazo a las puertas y las ventanas. Vi un coche parado y la puerta principal abierta, así que entré...

—Y descubrió el cadáver.

—En efecto. Era algo horrible. Aparecía como abrasado..., rojo de los pies a la cabeza... Una forma espantosa de morir, si me permite decirlo, señor.

—No lo dudo en absoluto. Quizá tocó un interruptor en mal estado y se electrocutó...

—El forense dijo que lo parecía pero que, sin embargo, la muerte no se debía a electrocución. Puesto que el muerto era forastero, el médico creyó oportuno ponerse en contacto con Scotland Yard. Vino una ambulancia y se llevó el cadáver. En Londres, lógicamente, tienen mejores medios de averiguar las causas de la muerte de una persona.

—¿Se sabe de qué murió?

—Todavía no hemos recibido el informe del Yard. Pero la gente dice... —Enders bajó la voz—: Se rumorea que lo mató la sombra del fantasma.

—Oh... —Land respingó—. ¿Todavía creen en la leyenda?

—Aquel desgraciado murió como dicen que morían las personas que causaban el enojo de Sharmione Barclay, señor. Si conoce la leyenda, sabrá que era una mujer de la que se sospechaba era bruja. Muy hermosa, pero

bruja, al fin y al cabo.

Land contuvo una sonrisa.

—Cuando los forenses de Londres hayan hecho su tarea, la leyenda quedará completamente destruida —dijo.

—¡Hum! —Dudó el sencillo policía de Epping Village—. En fin, no quiero seguir molestándole más. Gracias por su whisky, señor Land; realmente, estaba muy bueno.

—Gracias a usted, por su visita —contestó el joven.

Al quedarse solo, fue a la cocina, en donde se encontraba la asistenta.

—June, usted no me dijo nada del hombre que apareció muerto en Barclay House hace un par de semanas —exclamó.

La mujer suspendió un momento su tarea ante el fogón.

—No creí que le interesara, señor —repuso—. Le ruego que me dispense...

—Oh, no se preocupe, no tiene importancia. Avíseme cuando tenga listo el almuerzo, por favor.

—Bien, señor.

* * *

A media tarde, Land se sentó en un butacón, con un cigarrillo en una mano y un libro en la otra, y se entregó de lleno a la lectura. Pero no había pasado apenas media hora, cuando sonó la campanilla de la puerta.

June pasó por su lado.

—No se moleste, señor; yo abriré —dijo.

Land asintió, mientras se enfrascaba de nuevo en la lectura. A los pocos instantes, oyó voces de mujeres. La de June expresaba sorpresa:

—Pero, señorita, no sé si será conveniente...

—Déjeme, yo hablaré con el inquilino —contestó la recién llegada.

Land frunció el ceño y empezó a ponerse en pie. Una joven entró de repente en el salón, moviéndose con cierta desenvoltura.

—Usted es el señor Land —dijo ella—. Me llamo Cleo Heaven y soy la propietaria de esta casa.

—Tanto gusto, señorita Heaven —contestó el joven—. ¿En qué puedo servirla?

—Le ruego que perdone las molestias, pero he decidido quedarme a dormir aquí esta noche. En Epping Village no hay siquiera una posada y no tengo otro remedio que molestarle a usted.

Land se quedó con la boca abierta, sin saber qué responder.

Cleo era una muchacha alta, delgada, pero muy atractiva. Aunque llevaba puesto un chaquetón corto, podían advertirse las suaves, pero firmes líneas de su cuerpo sumamente esbelto, cubierto por un fino pullover y unos pantalones oscuros, bastante ajustados. El pelo tenía el color del bronce viejo y era muy corto, lo que daba la sensación de que llevaba puesto un casquete metálico sobre la cabeza. Él color de los ojos era azul oscuro, muy intenso. Ella sonrió.

—Ya veo que se ha quedado sin palabras, pero estimo necesario darle una explicación, señor Land —continuó—. Soy la propietaria de Barclay House, de West Field y de la casa que hay al otro lado. Esta última tiene inquilinos y no me parece prudente pedirles hospitalidad por esta noche.

—Y yo soy el afortunado mortal honrado forzosamente con su compañía —dijo Land irónicamente.

—Repito que lo siento muchísimo, pero no me queda otro remedio que hospedarme aquí. No tema, no le causaré ninguna molestia...

—Sin ánimo de reproche, aunque sí deseoso de recibir una explicación, ¿por qué no se aloja en Barclay House?

—Está todavía bajo interdicto policial, debido al crimen que se cometió hace dos semanas. Me lo comunicaron en Londres, antes de emprender el viaje. Y tenía que hacerlo, créame.

Land hizo un gesto de resignación.

—No puedo evitarlo —contestó—. Aunque queda por resolver un aspecto de la cuestión...

—Hay habitaciones suficientes. June se quedará a dormir aquí también.

Land observó el firme acento de la muchacha. Cleo había decidido ya lo que se debía hacer y no se le podía contradecir.

Inclinándose, cargó con el libro y los cigarrillos y echó a andar.

—June, estaré en mi dormitorio —anunció—. Tenga la bondad de servirme la cena cuando esté lista.

La asistenta estaba en el umbral, con el maletín de viaje de Cleo en la mano.

—Muy bien, señor —contestó.

De pronto, Cleo echó a correr hacia el joven.

—¡Espere!

Land se volvió.

—¿Señorita...?

—Verá —dijo ella, un tanto confusa—. Soy propietaria de las casas y de las tierras, por herencia, hecho que se ha producido hace muy poco tiempo. Aunque ya conocía la propiedad, tenía interés en examinarla de nuevo, ahora como dueña. Por eso estoy aquí, pero le prometo que marcharé mañana por la mañana.

—No puedo impedir que se quede todo el tiempo que le apetezca —dijo el joven heladamente.

—Me siento muy desdichada al haberle enojado, señor Land. Créame, no era ésa mi intención...

—La señora Hardley no me habló para nada de usted.

—Es que... he sido nombrada heredera hace muy pocos días... Por otra parte, ella es simplemente la administradora. Yo me he entendido con los abogados de mi difunta tía Elspeth Marston, que era la anterior propietaria.

—Muy bien, no se hable más. Está usted en su casa, señorita Heaven.

Land se retiró a su cuarto. June fue más tarde con una bandeja en las

manos.

—Perdone que le diga, señor, pero creo que debiera haber ido al comedor. Ella no tiene la culpa de lo que sucede y, aunque primero habló de ir a mi casa, yo le dije que no está en las debidas condiciones para acoger a una muchacha tan distinguida. Por eso está aquí.

—Bien, ya no podemos evitarlo —respondió él—. Por fortuna, el mal trago durará sólo hasta mañana por la mañana.

June le miró de soslayo.

—Otro hombre procuraría estar junto a una joven tan bonita y conversar con ella —dijo.

—No le faltarán conversadores cuando regrese a Londres.

Land se sentía inexplicablemente enojado. Los atractivos de Cleo, innegables, no bastaban para disipar su mal humor. ¿Por qué había tenido que visitar sus propiedades precisamente ahora? ¿No podía haber venido a primera hora de la mañana?

—¿Desea algo más, señor? —preguntó June, en vista del silencio del joven.

—No, gracias; por ahora, eso es todo.

La asistenta se retiró, Land cenó desganadamente y luego continuó la lectura de su libro. Más tarde, se acostó y leyó otro buen rato. Al fin, apagó la luz.

Pero se sentía inquieto, desvelado. Empezó a dar vueltas en la cama, poniéndose de peor humor a cada segundo que transcurría. Al cabo de un tiempo que le fue imposible calcular, se dio cuenta de que no iba a poder dormir y encendió la luz.

Sentado en la cama, fumó un cigarrillo, tratando de recobrar la calma que le permitiera el necesario descanso. Cuando dejaba la colilla en un cenicero, oyó el ruido de una puerta que se abría.

Consultó el reloj. Eran más de las doce de la noche. ¿Quién se había levantado?

Sonaron pasos en el salón. Intrigado, Land se puso en pie. A los pocos segundos, oyó el ruido de la puerta de la casa.

Desde la ventana, a la que se había acercado, vio la alta silueta de la muchacha. Por un momento, pensó que Cleo iba a marcharse en su automóvil, estacionado frente a la casa, pero, con gran sorpresa, advirtió que se dirigía a Barclay House.

Frunció el ceño, preguntándose por las intenciones de la joven. De repente, se sintió acometido por un sentimiento de irrefrenable curiosidad.

CAPITULO III

Para no perder tiempo, una vez vestido, saltó por la ventana, que quedaba escasamente a dos metros del suelo. La noche era un tanto fresca, por lo que se había puesto un chaquetón de piel, en uno de cuyos bolsillos llevaba una pequeña linterna. El cielo, sin embargo, estaba despejado y la luz de la luna permitía ver los obstáculos.

A los pocos minutos, divisó la figura de Cleo, que se encaminaba directamente hacia Barclay House. La actitud de la joven empezó a parecerle más que sospechosa.

Ella no advirtió en ningún momento que era seguida. Diez minutos más tarde, le vio abrir la puerta y entrar en la casa.

Land siguió adelante. Al llegar a la puerta, titubeó un momento.

Había un silencio total. Dio un par de pasos en el interior y asomó la cabeza. En el vestíbulo se veían un par de lámparas encendidas. A la derecha pudo ver una puerta entreabierta.

Caminó de puntillas, sin hacer el menor ruido, y miró a través de la rendija. Cleo estaba en la biblioteca, examinando un libro con gestos que denotaban rapidez. A los pocos momentos, lo dejó y cogió otro, cuyas páginas empezó a pasar también velozmente.

De repente, en algún lugar de la casa, se oyó un chasquido.

En circunstancias normales, el ruido no se habría apercibido. Dada la hora, pareció casi un pistoletazo.

Cleo levantó vivamente la cabeza. Land, sorprendido, no tuvo tiempo de retirarse. Ella le vio y su rostro reflejó en el acto enojo.

—¿Qué hace aquí? —exclamó—. ¿Por qué me ha seguido?

Land dudó un momento y terminó por abrir la puerta.

—Usted dijo que no podía entrar en la casa —contestó—. Para decirlo claramente, es una mentirosa.

—Mis asuntos particulares no le interesan, señor Land.

—Es cierto, pero sí me interesa mi tranquilidad.

—Entonces, vuelva a West Field y siga durmiendo.

Land sonrió.

—¿Qué busca aquí, señorita Heaven?

—Eso no le importa en absoluto.

Cleo cerró el libro que tenía en las manos y lo volvió a su sitio. Luego avanzó hacia la puerta.

—Me quedaré aquí hasta que se haga de día —añadió.

Land emitió una sonrisa burlona.

—¿No teme al fantasma de la sombra roja? —preguntó.

—No son más que leyendas —contestó ella.

—Quizá estaba buscando la fórmula para apaciguar ese espíritu y hacer que permanezca para siempre en las regiones innominadas, de donde no debe

moverse.

Cleo sufrió una ligera sacudida.

—Conoce la historia —dijo.

—Sí —respondió Land—. Y también sé que le achacan la muerte de Georges Simmons, un distinguido ladrón y miembro de una banda de atracadores, que tuvo la mala idea de entrar aquí para robar. Pero yo no creo que el fantasma de Sharmione Barclay posea la entidad física suficiente para causar una muerte. ¿Usted sí lo cree?

Ella dudó un instante.

—Todavía no se ha podido explicar la muerte de ese hombre —dijo al cabo.

—Scotland Yard se ocupará de encontrar una explicación convincente. —Land miró a la joven críticamente—. Para ser la propietaria, se comporta usted de una manera un tanto... extraña.

—Eso es cuenta mía. Y ahora, si no le importa, preferiría que se retirase y me dejase sola.

—Muy bien, usted es la dueña.

Land dio media vuelta y se dispuso a abandonar la casa. De pronto, reparó en el retrato de la mujer y se detuvo a unos pasos de distancia, contemplándolo con notable curiosidad.

—¿Le gusta?

La voz de Cleo sonó inesperadamente a sus espaldas. Land volvió la cabeza un momento.

—Es un retrato muy bien hecho —dijo—. Refleja perfectamente la hermosura de la dama que dio origen a la leyenda, pero también se transparenta la maldad en su rostro. ¿Es cierto que cometió tantos hechos horribles como se le atribuyen?

—Las leyendas siempre tienen un fondo de verdad, aunque luego, con el paso del tiempo, resulten magnificadas, lo que, en el fondo, es una deformación de los hechos reales. Pero no cabe duda de que fue una mujer perversa.

—Celebraba unas orgías escandalosas en este lugar. Dicen que invocaba al diablo, que le había concedido poderes mágicos. ¿Usted qué opina?

—Por lo que yo sé, fue una mujer muy culta e instruida, con grandes conocimientos de física. Un raro espécimen en aquella época, un alquimista del sexo femenino. Los alquimistas conocían muchos secretos que hoy se han perdido, usted lo sabe sin duda.

—Lo cual no le impedía, según se dice, asesinar a sus amantes, mediante un procedimiento nada agradable. ¿Lo conoce?

Cleo asintió.

—Sí, elegía a sus amantes entre los jóvenes más atractivos que podía encontrar. Ninguno de ellos rebasaba los veinte años. Buscaba que fuesen muy atractivos y con poco vello, ninguno, mejor todavía. Y les arrancaba la piel cuando todavía estaban vivos. Luego, se aplicaba esos trozos de piel, aún

calientes y, por supuesto, chorreando sangre, a la cara y al pecho, para mantenerse joven y hermosa a pesar de los años. Supersticiones de antaño, simplemente, señor Land.

—Esas supersticiones acabaron con la vida de una docena de hombres, al menos.

—Y ella, a su vez, acabó en la horca, cuando se conocieron sus horrendos crímenes. Por eso surgió la leyenda de que era Una mujer que, al caminar por un sitio iluminado, tenía, la sombra roja. Roja de la sangre vertida, debido a la maldición que le echó una de sus últimas víctimas.

De repente, Cleo se puso rígida. Land observó que los ojos de la joven se habían fijado en un punto algo alejado del lugar en el que se hallaban.

—¿Sucede algo? —preguntó, alarmado.

Cleo se pasó una mano por la frente.

—Nada... Me pareció haber visto... Ha debido de ser una ilusión óptica. La verdad es que estoy muy fatigada. Debería haberme quedado en la cama. Me acostaré inmediatamente.

—¿Aquí?

—Sí.

—Lo que piensa hacer quebranta la prohibición dictada por el Yard.

—Me marcharé muy pronto, no se preocupe.

Land se encogió de hombros.

—Usted es la dueña —dijo.

Y se encaminó hacia la puerta. Abrió y dio un respingo, al ver a un hombre parado en el umbral.

* * *

Era un sujeto muy alto, casi dos metros, delgado, de rostro chupado y ojos profundamente hundidos en las cuencas, pero brillantes, como si a través de cada pupila saliese la luz de una lámpara situada en el interior del cráneo. Tenía una frondosa cabellera, completamente blanca, pero era más joven de lo que aparentaba a causa de las canas. Land calculó que no pasaba de los cincuenta años.

—Dispénseme —dijo el individuo—. Quizá le he asustado...

—Pues..., al menos, me ha sorprendido —sonrió Land.

—Soy el inquilino de Small House, la casa pequeña del otro lado —manifestó el hombre—. Me llamo Waldemar Grüning. Vi luz... Suelo trasnochar mucho y no es corriente ver luz en esta casa. Por eso se me ocurrió acercarme, para ver si sucedía algo extraño.

—Que yo sepa, no, señor Grüning. Simplemente, estaba conversando con la dueña de Barclay House..., y de su casa y de la mía.

Land se volvió hacia la muchacha.

—Ella es Cleo Heaven —añadió.

Grüning hizo una inclinación de cabeza.

—Celebro infinito conocerla, señorita —dijo—. ¿Puedo serle útil en algo?

—Muchas gracias —contestó Cleo—. De modo que usted es el inquilino de Small House.

—En efecto, y resido allí en compañía de mi hermana Selpha. Hace algún tiempo que estamos en Small House, para que mi hermana pueda restablecer su salud quebrantada.

—Algo de eso me dijeron en Londres, señor Grüning. Celebraré que su hermana se restablezca muy pronto.

—Gracias, señorita Heaven. Ha sido un placer, señor Land.

Grüning se marchó, alumbrándose con una linterna que portaba en la mano derecha. Land lo siguió con la vista. De repente, a unos cincuenta pasos de distancia, Grüning y su lámpara desaparecieron, como tragados por la oscuridad que reinaba en aquellos parajes.

Land sacudió la cabeza. Cleo se le acercó.

—¿Sucede algo extraño? —preguntó.

—Ese hombre... Se ha esfumado como por arte de magia...

—Habrá entrado en el bosque, hombre. ¿No irá a decirme ahora que cree en personas con ciertas facultades mágicas?

Land se volvió en redondo.

—¿Y usted?

Cleo sonrió indefinidamente.

—Sólo creo en lo que puedo captar con mis sentidos —respondió.

—Pero quizá estaba buscando la fórmula maravillosa de Sharmione Barclay.

Ella continuaba sonriendo, al empujar el batiente de la puerta para cerrarla.

—Procure descansar. Buenas tardes, señor Land.

La puerta se cerró y Land quedó en la oscuridad, perplejo y desconcertado. Al cabo de unos momentos, dio media vuelta, sacó la linterna y se alumbró, para recorrer el camino de regreso a la casa.

Empezó a pensar que no había hecho buena elección. Necesitaba soledad y tranquilidad, y si los siguientes días iban a ser tan agitados como el pasado, tendría que reconsiderar sus planes de estancia en la comarca.

El aire fresco de la noche y la pequeña caminata, unos mil doscientos metros en total, calmaron sus nervios mucho mejor de lo que esperaba. A los pocos momentos de estar en la cama, se quedó dormido como un tronco.

Por la mañana, June le sirvió un desayuno, que despachó con magnífico apetito. No obstante, sintió cierta extrañeza al verse solo en la mesa.

—¿No me acompaña la señorita Cleo? —preguntó.

—Oh, no, señor —contestó June—. La señorita vino muy temprano, se despidió de mí, y me encargó le diera sus mejores saludos. Inmediatamente, subió a su coche y emprendió el regreso a Londres.

Land emitió un suspiro de alivio. Cleo podía ser muy hermosa, enormemente atractiva físicamente, pero también había resultado ser una mujer de comportamiento más bien impertinente, lo que la convertía en un ser

antipático y poco agradable de tratar.

Esperaba no tener que enfrentarse nuevamente con ella. Se sentiría muy tranquilo, pensó.

Un par de días más tarde, después de una jornada de trabajo particularmente intenso, decidió despejar la mente, dándose un paseo por los alrededores. Maquinalmente, encaminó sus pasos hacia Barclay House. Cuando llegaba a las inmediaciones del caserón, divisó a un individuo parado a unos cien pasos de distancia, con la vista fija en el edificio.

El hombree notó su presencia y se volvió hacia Land.

—Hola —sonrió.

—Hola —dijo el joven—. ¿Le gusta la casa?

—Psé... No estoy aquí para comprarla, precisamente. Oh, perdón, me llamo Laxton Reel.

— Yo soy Shorty Land. Encantado, señor Reel. ¿De Londres?

—Sí. La verdad es que me he perdido. Estoy buscando a una persona... Quizá usted la conozca...

—Soy forastero —sonrió Land—. Llevo aquí escasamente una semana y ni siquiera he estado en el pueblo.

—Me dijeron que vivía por estos parajes. Se llama Waldemar Grüning.

—Oh, entonces, sí le conozco. Vaya hacia el oeste. Su casa está al otro lado de esos árboles, a trescientos metros escasos.

Reel sonrió, a la vez que se llevaba un dedo a la sien.

—Muchas gracias, amigo.

Land sacó un cigarrillo y lo encendió pensativamente, mientras veía alejarse a Reel. El aspecto del individuo le había desagradado instintivamente.

Era un tipo de unos cuarenta años, aún robusto, pero con una inconfundible expresión de malicia en su rostro, en el que había podido advertir una cicatriz que corría oblicuamente bajo su pómulo derecho. Aunque no era precisamente un experto, cierto oscuro presentimiento le dijo que Reel se ganaba la vida por medios muy poco lícitos.

Sin saber por qué, pensó en Georges Simmons, el ladrón muerto misteriosamente semanas antes. Tal vez Reel y Simmons tenían algo en común.

En todo caso, no era asunto suyo.

Continuó el paseo. Una hora más tarde, cuando ya empezaba a anochecer, pasó de nuevo por delante de Barclay House, de vuelta a su casa. Entonces vio a una mujer que se metía en el edificio.

Una interjección de enojo brotó de sus labios:

—Otra vez Cleo Heaven —masculló.

CAPITULO IV

Cierto impulso irresistible le hizo encaminar sus pasos hacia el caserón, en lugar de continuar su ruta. Abrió la puerta, cruzó el vestíbulo y se dirigió a la biblioteca.

Empujó una de las hojas de la puerta. La mujer estaba allí, en pie, hojeando un libro situado encima de la mesa.

—¿Todavía sigue buscando la fórmula maravillosa?

—¿Cómo dice?

Land respingó. Ella se había vuelto y le miraba con curiosidad. El joven se dio cuenta entonces de que aquella mujer no se parecía en absoluto a la dueña de la casa,

—Perdón, me he equivocado —dijo—. La confundí con otra persona.

Ella sonrió. Era una mujer joven todavía, unos treinta años, de pelo castaño y silueta con muchos encantos.

—Me llamo Selpha Grüning —se presentó.

—Ah, la hermana de Waldemar...

—Sí, justamente. Usted debe de ser Shorty Land.

—En efecto, señora Grüning.

—El tratamiento no es adecuado —dijo ella maliciosamente.

—Oh... —Land dio un paso hacia atrás—. Si la he molestado, le ruego me dispense, señorita.

—Por favor, no me molesta en absoluto. Simplemente, sabía que en esta casa hay una biblioteca muy bien surtida. Me siento un poco aburrida y vine en busca de un poco de lectura, eso es todo.

—Su hermano me dijo que estaba enferma.

—Estoy casi completamente curada —respondió Selpha—. En realidad no era nada grave; una ligera depresión nerviosa.

—A causa de un desengaño amoroso.

—¿Cómo lo ha adivinado? —rió ella.

—Si fuese un hombre, podría hablarse de negocios. Es una mujer, joven y muy bella. Las posibilidades en favor del desengaño amoroso, con casi totales.

—Es usted muy perspicaz, señor Land. Pero, como dijo alguien, no hay mal que por bien no venga. He olvidado por completo al causante de mis desdichas, he recobrado la tranquilidad de ánimo y, en el aspecto físico, me siento maravillosamente.

Land contempló a la mujer durante unos segundos. Era de formas rotundas, sólidamente contorneadas, con un enorme atractivo sensual.

—No me cabe la menor duda —contestó.

Selpha cerró el libro.

—¿Conoce la casa? —preguntó.

—No he pasado de este lugar —dijo Land—. Sin embargo, conozco la

leyenda.

—Un poco fantástica, ¿no le parece? A pesar de que Sharmione Barclay existió realmente.

—Sí. Por lo visto, fue una especie de Barba Azul, pero con faldas.

—Muchas veces, la mejor forma de quitarse de encima a un amante enojoso es... —Selpha hizo una corta pausa—. Bien, iba a decir una barbaridad —añadió sonriendo—. ¿Le gustaría ver el lugar donde Sharmione celebraba sus sanguinarias orgías?

—Sólo a título de curiosidad —accedió Land.

—Claro. Sígame, por favor.

Selpha echó a andar hacia la puerta. Una vez en el vestíbulo, señaló el cuadro con la mano.

—Pienso que el artista supo captar íntegramente la malvada belleza de Sharmione —dijo—. Hermosa como un ángel, recuérdelo.

—En efecto.

De pronto, Land creyó ver unos rasgos conocidos en el rostro de Sharmione. Había visto aquella cara antes, pero ¿dónde?

Selpha subía ya las escaleras que conducían al primer piso. Land aceleró el paso para ponerse a su altura.

—Por lo visto, conoce bien la casa.

—He estado en ella en algunas ocasiones. Además, estuvimos a punto de tomarla como residencia. Desechamos la idea, porque nos pareció demasiado grande, además de cara. No estamos en condiciones de soportar el gasto de la renta, aparte de que habríamos tenido que contratar alguna sirvienta.

—Entiendo.

—Small House es más asequible a nuestra posición —añadió la joven.

Selpha caminó unos cuantos pasos más y abrió una puerta, que cruzó de inmediato.

—Este era el dormitorio de Sharmione —dijo.

Land atravesó el umbral. Era una habitación enorme, de dimensiones realmente grandes. En uno de sus lados, se veía un gran lecho, con dosel sostenido por columnas torneadas. Había también una silla, butacas, un par de consolas y una gran chimenea adosada a uno de los muros.

Selpha se acercó a la chimenea y tomó algo de la repisa. Luego se inclinó con un fósforo en las manos. A los pocos segundos, se vieron brillar las primeras llamas.

—El fuego siempre es agradable —dijo, sonriendo.

Había botellas y copas sobre una de las consolas. Selpha llenó dos copas y le entregó una.

—¿No me acepta este trago?

Land fijó la vista en los profundos ojos de la mujer. No sabía cuáles eran las intenciones de Selpha..., pero ere enormemente atractiva.

—¿Sólo un juego? —sonrió.

—¿Acaso desearía algo más?

—¿Por qué no?

Land tomó un sorbo. Era coñac muy fino y aromático.

—Selpha, apuesto algo a que se siente muy sola en Small House —dijo.

—Puede que acierte, Shorty.

—Y antes ha dicho que está curada.

—Es verdad.

La copa quedó a un lado.

—De modo que aquí celebraba Sharmione sus orgías —murmuró.

—¿Tiene miedo de hallarse en un lugar en donde se produjeron sucesos horripilantes?

—Eso fue hace doscientos cincuenta años. Ahora...

Land rodeó con sus brazos la cálida cintura de la joven. Buscó sus labios.

—A mí me gustan otra clase de orgías —añadió.

—¿Cómo, Shorty?

—Las que pueden organizar un hombre y una mujer, los dos solos, sin estorbos.

Buscó sus labios, temiendo ser rechazado. Pero ocurrió todo lo contrario; Selpha pareció convertirse de repente en un volcán, estallante de fuego pasional.

* * *

—Bueno, si cuando te vi entrar me dicen lo que iba a suceder, hubiera tachado de loco al que me hubiera dicho una cosa semejante.

Selpha se echó a reír. Tendida sobre el lecho, aparecía sin el menor velo, enormemente atractiva, con las manos bajo la nuca.

—No lo lamentarás, supongo —dijo.

—Todo lo contrario. Pero también pienso...

—¿En qué, Shorty?

—Quizá te sentías ya un poco aburrida.

—Es posible.

—Y esto ha aliviado tu hastío.

—Es verdad.

—Bueno, si he terminado de curarte, no puedo por menos de celebrarlo, Selpha.

Ella se incorporó de pronto.

—Los buenos sucesos deben celebrarse con algo más que palabras, Shorty.

Abandonó la cama, y esplendorosamente desnuda, fue hacia la consola y llenó otras dos copas. Luego regresó al lecho y se arrodilló junto al joven.

—Celebrémoslo —dijo.

Land tomó un sorbo.

—Me gustaría saber una cosa, Selpha.

—Dime —pidió ella, a la vez que se sentaba sobre los talones.

—¿Celebramos un suceso que no tendrá ya repetición?

—¿Quién sabe? No vives tan lejos, me parece.

—Pero tu hermano...

—Es muy comprensivo. No se inmiscuye en mi vida privada. Ni yo en la suya, claro.

Land miró a su alrededor.

—Y aquí fue donde Sharmione...

—Olvida a esa mala mujer, Shorty.

Selpha se inclinó un poco hacia adelante. Land contempló los bellos senos de la joven, pesados, henchidos de vida y fuego. Dejó la copa a un lado y la atrajo hacia sí.

—Estas orgías privadas, de a dos, son...

Land no pudo continuar. Un espantoso sonido cortó su voz inesperadamente.

Era el alarido lanzado por una persona presa de indescriptibles sufrimientos.

* * *

El grito se repitió, multiplicándose de tal forma que era un sonido continuo, con ligeras oscilaciones, pero tremendamente penetrante. Land no había oído jamás un chillido ni remotamente parecido.

Selpha se irguió, sin abandonar su postura de rodillas, y volvió la cabeza hacia la puerta. Land se levantó de un salto.

—¿Qué es eso? —exclamó.

El grito se transformó de pronto en un horrendo estertor. Luego, después de unos cuantos ronquidos, volvió el silencio.

Land empezó a ponerse los pantalones, aprovechando la rojiza luz que desprendía el fuego de la chimenea.

—Espera aquí —dijo—. Voy a ver qué ha sucedido.

Selpha se había levantado también y estaba en pie junto a la silla donde habían quedado sus ropajes, terriblemente asustada.

—Ten cuidado, Shorty —murmuró.

Land se puso la camisa y corrió hacia la puerta. Salió al corredor, dio unos pasos y, de repente, se quedó como petrificado.

—¡Dios mío!

Un fortísimo estremecimiento sacudió su cuerpo. Detrás de él, Selpha lanzó un grito:

—¡Shorty! ¿Qué sucede?

—Será mejor que te vistas —aconsejó él.

Land sintió náuseas a la vista de aquel hombre, hecho un ovillo en el suelo, y cuyas ropas, chamuscadas, desprendían todavía ligeras columnitas de humo. La piel del individuo aparecía completamente enrojecida, como si hubiese sufrido los efectos de una elevadísima temperatura, aplicada instantáneamente y con una enorme intensidad.

¿Una electrocución?

Pero allí no había cables en mal estado ni la corriente era tan poderosa como para causar unos efectos tan espantosos. ¿De qué había muerto aquel hombre?

Bruscamente, Land reconoció al individuo. Había estado hablando con él aquella misma tarde.

—Laxton Reel —murmuró.

—¿Lo conoces? —preguntó Selpha.

—Estuve conversando con él esta tarde —respondió el joven—. Me preguntó por tu hermano y le indiqué la dirección de tu casa. Eso es todo lo que puedo decirte.

—Nunca oí a Waldemar mencionar el nombre de Reel —dijo ella—. Claro que tenía sus propias amistades y hay personas relacionadas con él a las que no conozco en absoluto.

—Es lógico, pero ahora tenemos que hacer una cosa, Selpha. No podemos evitarlo.

—¿De qué se trata, Shorty?

—Es preciso avisar a la policía.

Land giró en redondo. Selpha continuaba todavía desnuda.

—Voy a terminar de vestirme —anunció el joven.

—Shorty, ¿lo juzgas necesario?

—No podemos ocultar una muerte violenta —respondió Land—, para ello, tendríamos que esconder el cadáver... lo que, en el futuro, podría ponernos en graves apuros.

Torció el gesto.

—Bastante tendremos con explicar lo que hacíamos aquí, en una casa sellada por Scotland Yard —añadió.

—Yo no vi en la puerta ningún sello de prohibición —alegó Selpha.

—Me lo dijo la propietaria y no tengo motivos para dudar de sus manifestaciones. Si quieres, regresa a tu casa, pero, aunque no me guste, tendré que mencionar tu nombre.

—Si no hay otro remedio —se resignó Selpha.

—No puedo evitarlo, lo siento.

Ella lanzó un hondo suspiro.

—Lástima, lo estábamos pasando tan bien...

Inesperadamente, y todavía desnuda, se colgó de su cuello.

—¿Volveremos a vernos, Shorty?

Land se quedó parado. Fuera había un hombre, muerto de forma tan inexplicable como horrible, y Selpha sólo pensaba en una próxima entrevista.

Pero quizá su actitud se debía a la temporada de soledad y aislamiento que había pasado, mientras se reponía de su depresión, Tal vez trataba de buscar una recuperación absoluta.

—Espero que sí —respondió al cabo.

Consiguió despegarse de la joven y terminó de vestirse. Luego, con la

mano en el pomo de la puerta, se volvió hacia ella.

—Regresa a tu casa. Yo hablaré con Enders —dijo. Abrió la puerta, salió al corredor y, en el acto, se detuvo, como si le hubieran clavado los pies al suelo.

¡El cadáver de Reel había desaparecido!

CAPITULO V

Sonó el timbre de la puerta. Land cerró el libro que tenía en las manos, en el que, a pesar de sus esfuerzos, no lograba concentrarse. Al levantarse, vio a June que se disponía a abrir.

—No se molesté —dijo—. Yo recibiré al importuno.

—Muy bien, señor.

June se retiró. Land cruzó la sala, pasó al pequeño vestíbulo y abrió la puerta.

—Señor Grüning dijo, sorprendido.

El visitante sonrió.

—¿Molesto? —dijo.

Land se echó a un lado, resignado.

—Pase, se lo ruego —invitó.

—Muchas gracias, señor Land.

—Diré a la sirvienta que nos traiga té...

—Por favor, no se tome esa molestia por mí. Voy a ser muy breve. Me marcharé en seguida.

—Muy bien, como guste.

Grüning calló un instante. Luego volvió a sonreír.

— He hablado con Selpha —dijo por fin.

Land se puso rígido.

—Le ha contado lo sucedido, sin duda.

—Sí. Usted, a juzgar por lo que puedo deducir, no ha avisado a la policía.

—¿Cómo iba a hacerlo? No me hubieran creído. Si digo que hay un cadáver y luego no lo encuentran, me habrían tomado por loco.

—Una actitud muy sensata —aprobó Grüning—. Celebro su decisión, amigo Land.

El joven miró con curiosidad a su visitante.

—Señor Grüning, ¿adónde quiere ir a parar usted? —preguntó.

—Oh, a ninguna parte. Sólo vine a comentar con usted el suceso. Mi hermana me lo ha relatado, pero quería oír sus propios comentarios.

—No hay mucho que añadir. Oímos un grito espantoso, salimos al pasillo y vimos allí el cadáver de Reel. Usted lo conocía, por lo que puedo deducir.

—Sí —suspiró Grüning—. Fue una lástima.

—¿Dónde está ahora el cadáver?

Grüning respingó.

—¿Cómo puedo saberlo yo? —contestó.

—Bueno, me pareció...

—Al pensar en mí como sospechoso, se ha precipitado, Land.

—Yo no he dicho que sea culpable, señor Grüning —respondió el joven, con no menor sequedad que su interlocutor.

—Pero sí sospecha que yo tengo algo que ver con la desaparición del

cadáver.

—Prefiero reservar mi opinión. Una cosa es cierta: yo no lo maté ni escondí su cuerpo. Y si sabe algo sobre el particular, le aconsejo vaya a la policía sin pérdida de tiempo.

Grüning sonrió de una forma extraña.

—señor Land, ¿por qué se le ocurrió venir aquí?

—Necesitaba aislamiento durante una temporada y... Pero, ¿qué le importa a usted eso?

—Hay otros sitios donde puede estar solo y son mejores que estas tierras —dijo Grüning suavemente.

Sin expresarlo con absoluta claridad, Grüning le insinuaba que debía marcharse de West Field. Land sintió que algo se rebelaba en su interior.

—Aquí me encuentro muy bien —declaró.

—No lo dudo, pero... En fin, lamento haberle molestado. Con su permiso, me retiraré.

—Un momento, señor Grüning —exclamó el joven—. ¿A qué se dedica usted?

—Negocios.

Era una respuesta harto lacónica, pero más todavía,; evasiva.

—¿Negocios? —dudó Land.

—Claro. Hoy día, el teléfono evita muchos pasos. Bastan unas cuantas llamadas al cabo de la jornada, para hacer todo el trabajo. Y así, puedo vivir en el campo, lejos de la apestosa atmósfera de la capital.

«Negocios... y ella dijo que tenían poco dinero», pensó Land de inmediato.

—Además, cuida de su hermana —dijo.

—Selpha se encuentra ya casi curada. Pronto se marchará —respondió Grüning—. Con su permiso...

El visitante se marchó. Land llevó la mano al mentón y se lo acarició pensativamente.

Recelaba de Grüning. No conocía exactamente los motivos, pero le parecía un sujeto astuto y escurridizo... además de cruel y despiadado. Íntimamente, tenía el pleno convencimiento de que era él quien había escondido el cadáver de Reel.

De pronto se le ocurrió que no estaría de más acercarse a Small House. La Casa Pequeña, pensó, y dadas sus dimensiones, en comparación con las otras dos, el nombre estaba justificado.

En todo caso, lo haría de noche, con disimulo.

Sin poder evitarlo, emitió un reniego a media voz:

—Y yo que vine aquí para trabajar sin molestias....

* * *

Al día siguiente, por la mañana, oyó el ruido de un motor y se asomó a la ventana.

—¡Oh, no! —exclamó, desalentado.

Cleo se apeó del coche. Land fue hacia la puerta, abrió y se quedó a un lado.

—Es su casa —dijo, sin mirarla siquiera.

—No parece muy contento de verme —exclamó ella, parada bajo el dintel.

—Espere un momento.

Land se separó unos pasos, se inclinó, puso las manos en el suelo y movió la pierna derecha. De pronto, se enderezó.

—Lo siento, he perdido la costumbre y ya no sé dar volteretas de alegría —dijo.

—Es usted muy hiriente —calificó Cleo—. Y yo que había venido con una rama de olivo en la mano.

—¿Sí? ¿Quiere la paz... si no hay guerra entre ambos?

—Vine a disculparme por mi actitud del otro día. Y también a ofrecerle mis explicaciones.

—Muy bien, no se debe alimentar el rencor eternamente. Pase, siéntese y ordenaré que le traigan un poco de té.

—Si no le importa, preferiría café.

—Será café.

Land fue hacia la cocina, se asomó y comunicó la noticia a June. Luego regresó junto a la muchacha.

—Puede empezar a hablar —invitó.

Cleo se quitó el gorrito que cubría su cabeza y agitó los cabellos, con gracioso movimiento. Luego empezó a descalzarse los guantes.

—Señor Land...

—Shorty, por favor.

—Muy bien, Shorty. El otro día, cuando vine aquí, lo hice por un motivo muy serio. Aunque era la heredera de estas tierras, estaba en dificultades.

—¿Por qué?

—El testamento de mi tía no estaba suficientemente claro. Había algunas dudas, que podían poner en peligro mis derechos a la propiedad.

—Habrá solucionado el problema, supongo.

—Mi abogado mencionó la existencia de un segundo y posterior testamento, en el que se clarificaban de un modo total los puntos que podían ser objeto de un posible litigio. Pero había que buscarlo.

—Y estaba en Barclay House.

—No. Estaba en...

June entró de pronto, con la bandeja en las manos. Land se la tomó y la dejó sobre una mesa.

—Continúe —pidió, cuando la sirvienta les hubo dejado solos.

—Ese testamento estaba en poder de la administradora, Pamela Hardley —dijo Cleo.

Land enarcó las cejas.

—¿Pamela? —repitió.

—Sí. Parece ser que tenía ciertas intenciones no demasiado claras, sobre la propiedad, posiblemente puesta de acuerdo con un supuesto aspirante a la herencia.

—Entiendo. Y usted la desenmascaró...

—Mi abogado..., bueno, la firma que se ocupa de mis intereses, me había advertido algo sobre el particular. La empresa de Pamela, hasta hace poco, dirigida por su padre, era una especie de subsidiaria y nunca habían tenido quejas de sus servicios. La cosa cambió cuando Pamela entró a dirigir esa agencia y me lo advirtieron. Por eso fui a verla y muy pronto pude darme cuenta de que no actuaba con honestidad.

—¿Qué pasó entonces?

—Bien, es muy sencillo. Amenacé con ir a la policía y ella prefirió evitar el escándalo. Me entregó el segundo testamento y ahí acabó la cosa. Por supuesto, le he retirado todos los poderes que tenía para administrar mis bienes. Pero tengo la sensación de que usted conoce a Pamela. ¿Me equivoco?

Land sonrió.

—Un poco —repuso—. No olvide que tuve que tratar con ella para alquilar West Field.

—Es muy hermosa, debo admitirlo.

—No hay duda al respecto. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Ya no hay prohibición de entrar en Barclay House... Por cierto, ¿sabe cómo llaman en el pueblo a la propiedad?

—No tengo la menor idea.

—Red Ghost House. ¿Qué le parece?

—Un calificativo deficientemente aplicado. Eso significa la Casa del Fantasma Rojo y debería mencionar la sombra.

—Pero, en cierto modo, define su historia. Yo he venido para dar un vistazo y comprobar su estado. Es posible que me decida a vender la propiedad.

—¿Toda? ¿Con las otras dos casas?

Cleo asintió.

—Si encuentro un comprador que me haga una oferta medianamente interesante, venderé.

—Tal vez le convendría mejor dividir la propiedad en lotes.

—Es posible. De todos modos, no hay prisa. —Cleo sonrió—. Además, tía Elspeth me dejó algún dinero en el Banco.

—Es usted una mujer muy afortunada. Podrá vender una casa con fantasma. Además, la leyenda es muy interesante.

—Hay un trozo de historia auténtica. Todo lo demás es eso, leyenda.

Land recordó en aquel momento el horrible espectáculo que ofrecía el cadáver de Laxton Reel. Cleo observó que se ponía serio y se sintió intrigada por aquel cambio de expresión.

—¿Qué le sucede, Shorty? —preguntó.

—Verá... ¿sabe usted algo de los inquilinos de Small House?

—No. Es algo que apenas comenté con Pamela. Ni siquiera los conozco. ¿Por qué me lo pregunta?

—Son dos hermanos... Ella es muy guapa, pero él no me gusta en absoluto.

—¿Qué tiene contra Waldemar Grüning?

—Estuvo aquí hace tres días. Metafóricamente; empleó el terciopelo, pero debajo había acero de Sheffield, cuando me aconsejó buscase otra residencia —contestó Land.

Cleo se quedó sin aliento.

—¿Por qué le dijo eso, Shorty?

—Hace algunos días, conocí a un tipo llamado Laxton Reel, que buscaba a Grüning. Aquella misma noche, le vi muerto... de la misma clase de muerte que sufrió Simmons.

—Oh, no, es imposible... ¿Ha avisado a la policía?

Land maldijo entre dientes. ¿Tendría que contarle todo a la muchacha?

—verá... estaba dando un paseo y vi a la hermana de Grüning que se disponía a entrar en Barclay House. La seguí, hablamos... ella dijo que me enseñaría la casa y subimos al primer piso. Tomamos unas copas y oímos un terrible grito. Salí al pasillo y vi a Reel muerto. Sus ropas humeaban todavía y tenía la piel... como si le hubiesen arrojado a una caldera de aceite hirviendo, completamente rojo... Un espectáculo nada agradable, se lo aseguro.

Cleo apenas si respiraba.

—¿Qué pasó después?

—Bueno... yo tuve que atender a Selpha, así se llama la hermana de Grüning, estaba muy impresionada, como puede comprender. Perdí de vista el pasillo durante unos minutos y luego, cuando salí, había desaparecido el cadáver.

—Entonces, por eso se ha abstenido de avisar a la policía.

—No he querido hacer el ridículo.

Ella le dirigió una mirada suspicaz, aunque no hizo ningún comentario sobre el particular.

—Está bien —dijo—. Gracias por todo, Shorty.

—¿Piensa marcharse? —preguntó él.

—Claro. He de ir a Barclay House. Voy a quedarme allí unos cuantos días.

—¿Sola?

Cleo sonrió.

—No tengo el menor miedo a los espíritus —contestó—. Y en cuanto a las personas de carne y hueso... —Abrió el bolso y enseñó una pistolita de calibre 22—. Esto me da seguridad —concluyó.

CAPITULO VI

Aquella misma tarde, al concluir su trabajo, Land decidió dar un paseo, a fin de aclarar la mente y estirar las piernas. Después de caminar unos cuantos kilómetros, se acercó a Barclay House.

Había luz en las Ventanas de la planta baja. Land llamó a la puerta y Cleo abrió a los pocos momentos.

—Hola —dijo la joven alegremente—. ¿Ha venido a ver si el fantasma me ha jugado una mala pasada?

—Fui a dar un paseo y vi luz...

—Vamos, entre, no busque pretextos. Tenía ganas de ver si estoy bien, ¿no es así?

—La verdad es que soy muy mal mentiroso —dijo él.

—Me lo imagino. No me dijo toda la verdad cuando mencionó el hallazgo del cadáver. Pero no se lo tomaré en cuenta. Venga a la cocina y cenaremos juntos.

—Oh, no quiero causarle molestias...

—He ido al pueblo y traje víveres suficientes. La casa está perfectamente acondicionada para recibir huéspedes en cualquier momento. Tía Elspeth se cuidaba mucho de ella, claro que el frigorífico estaba vacío.

—Pero June estará aguardándome, Cleo.

—Le diré por teléfono que se queda a cenar conmigo.

—Muy bien, no tengo otro remedio que aceptar, Cleo.

Land caminó unos pasos y, de pronto, se detuvo ante el retrato de Sharmione, había visto aquella cara una vez y no acababa de localizar la persona que se parecía tanto a aquella diabólica mujer.

Una cosa le llamó también la atención. Antes de que pudiera decir nada, Cleo le hizo una pregunta:

—¿Qué está mirando, Shorty?

—La bola de cristal —respondió él—. ¿Se dedicaba Sharmione también a adivinar el porvenir?

—Era una nigromántica y ya sabe lo que eso significa. Emplearía la bola de cristal para predecir el porvenir de algunas personas, porvenir que sin duda, ella conocería mejor que nadie.

—¿Lo cree así?

—Claro, hombre. Una mujer como ella tenía que saber muy bien el futuro de ciertas personas... sobre todo, si eran hombres jóvenes y apuestos. «Serás muy feliz...», y lo convertía en su amante. «Y luego sufrirás mucho», y lo despellejaba vivo. Así, cualquiera, Shorty.

Land hizo un gesto con la cabeza.

—Esa bola de cristal tiene un color muy extraño —observó—. Parece como si algo ardiera en su interior...

—El nombre no está exactamente aplicado. No era cristal, sino ópalo.

—¡Caramba! Debía valer una fortuna —se asombró él.

—Por supuesto, aun considerando que el ópalo no es de las piedras preciosas más costosas. Pero su tamaño y su perfecta esfericidad le conferían efectivamente un enorme valor.

—Y se habrá perdido, claro.

—Seguro.

Land captó en la voz de la muchacha una nota un tanto extraña. La palabra de la respuesta carecía un tanto de firmeza, en contraposición con su significado. Pero prefirió callar.

—Espere un momento —añadió Cleo—. Avisaré a June que se queda aquí a cenar.

Land hizo un gesto de aquiescencia y se acercó a una de las ventanas. Desde allí, en el crepúsculo, dominaba perfectamente no sólo la terraza, sino la explanada que había ante la casa. Abstraído en sus pensamientos, no se dio cuenta de que Cleo volvía a su lado y que le estaba hablando. Ella tuvo que alzar la voz para atraer su atención.

—¡Shorty! ¿Qué está mirando con tanto interés? Le hablo y no me escucha...

—Oh, dispénseme... estaba distraído, mirando... De repente me he acordado del día en que se presentó Grüning... Habló un poco con nosotros y se marchó... y, de repente, desapareció, como tragado por la tierra.

—Le dije que se había escondido en el bosque —recordó ella.

—No, ahora me he dado cuenta de que no tuvo tiempo de alcanzar los árboles.

—Bueno, ahora no irá a creer que es un espíritu capaz de filtrarse por las paredes —dijo Cleo, un tanto burlona—. De todas formas, hay algo más preocupante por el momento;

Land se volvió hacia ella.

—¿Qué es, Cleo?

—El teléfono. No funciona.

* * *

—Quizá lo han cortado por falta de pago —apuntó Land, mientras ella empezaba a preparar la mesa para la cena.

—No lo creo. Sé que la propiedad está al corriente de todos los pagos. Prefiero pensar que la línea está cortada.

—¿Lo cree así?

—No hay tono de llamada.

—Quizá el viento...

—Es posible. Mañana iré al pueblo y pediré que vengan a revisar la línea. ¿Cómo va su apetito, Shorty?

—Me siento como un lobo hambriento —dijo.

—Hay pierna de cordero. Si le gusta el hueso, cómaselo sin remilgos —

contestó Cleo jovialmente.

Después de la cena, tomaron café. Cleo apoyó los codos en la mesa y le miró fijamente.

—Shorty, ¿está seguro de que vio un cadáver?

Land asintió, mientras encendía un cigarrillo.

—No estaba bebido —contestó intencionadamente.

—Entonces, alguien lo hizo desaparecer.

—Con toda seguridad, Grüning. ¿Qué sabe usted de él?

—Nada, sino que es el inquilino de Small House.

—Dice que se dedica a negocios, pero su hermana mencionó ciertas dificultades económicas. Son dos declaraciones antagónicas.

—Eso depende de la clase de negocios a que se dedique, Shorty —exclamó la muchacha.

—El dijo que los resolvía por teléfono desde la casa. Sin embargo, no mencionó en absoluto de qué negocios se trataba.

—Tampoco creo que nos importe demasiado, aunque, si lo hizo él, ¿por qué tuvo que esconder el cadáver?

—Hay otra pregunta que no ha formulado usted: ¿dónde está ese cadáver?

Cleo se puso seria de pronto.

—Dígame, ¿dónde lo vio usted?

—Arriba, en el corredor...

—¿Quiere indicarme el sitio exacto?

—Con mucho gusto.

Salieron de la cocina y se dirigieron al primer piso. Land volvió a percibir aquella indefinible sensación que ya había notado en otra ocasión.

—¿Qué le sucede? —preguntó ella.

—No sé... Quizá me estoy volviendo demasiado aprensivo... Parece como si alguien nos estuviera viendo...

—Escondido detrás de alguna puerta, ¿verdad?

—No bromee, Cleo, le digo que es una sensación de la que no puedo desprenderme.

Ella abrió la puerta que tenía más a mano y encendió la luz.

—No hay nadie —dijo.

Abrió varias puertas más. Todas las habitaciones estaban vacías.

—Usted y yo somos las únicas personas que estamos en casa —exclamó—. ¿Se convence ahora, Shorty?

Land asintió desganadamente, aunque volvió a mirar a su alrededor. El techo del corredor era muy alto y estaba adornado por una gruesa moldura en su unión con el muro, en el que, a trechos regulares, se veían unas columnas de estilo corintio, empotradas hasta la mitad en él. Al cabo de unos segundos decidió que ya era hora de regresar a su casa.

Pero por otro lado, le disgustaba abandonar a la muchacha, sola, en aquel inmenso caserón. Aún no acababa de desprenderse por completo de sus aprensiones.

—Oiga... ¿Le importa que me quede a dormir en la casa?

Cleo respingó.

—¡Shorty!

—Oh, no tema. Lo digo por... su seguridad. Abajo, en el vestíbulo, hay un gran sofá...

Ella sonrió maliciosamente.

—Un día me contará de qué hablaba con Selpha, cuando asesinaron a Reel —dijo.

—Aun a riesgo de parecerle inmodesto, le diré que mi principal virtud es la discreción —contestó él.

—Ya, ya... Menudo pajarraco está hecho. Primero, Pamela; después, Selpha... ¿Hace muescas en el cinturón para anotar sus victorias?

—Cleo, por favor...

Ella lanzó una alegre carcajada.

—Está bien, quédese si quiere, pero recuerde, tengo una pistola.

—No necesitará usarla conmigo, se lo aseguro.

—Perfectamente. Pero tampoco es necesario que pase una noche incómoda. En la casa hay dormitorios de sobra y todos están en perfectas condiciones. Elija uno a su gusto. Yo me quedaré en el de Sharmione.

—¿No le da miedo?

—Sharmione murió hace doscientos cincuenta años —fue la rotunda réplica de la muchacha.

* * *

Land se sentía desvelado y decidió dar un paseo antes de acostarse. Encendió un cigarrillo y salió fuera de la casa. La luna asomaba a veces entre jirones de vapor que se movían rápidamente en el cielo. Soplaba un aire bastante fresco, lo que le obligó a subirse el cuello del chaquetón.

Desde la entrada contempló la terraza, a la que se accedía por dos suaves rampas laterales y una escalera central. El jardín quedaba más abajo, a unos cuatro metros. La explanada se extendía unos sesenta o setenta metros hasta los primeros árboles. Había jardines, pero las plantas eran de escasa altura.

El había visto a Grüning marcharse por la escalera. Grüning dobló a su derecha y, de súbito, desapareció. Aquella noche había aún más luz. Tenía que haberle visto forzosamente llegar a la linde del bosque.

Lentamente, se acercó a la balaustrada de piedra. Presintió que en la acción de Grüning había algo misterioso y, con toda seguridad, nada honesto. Pero, ¿cómo averiguarlo?

¿Debía entrevistarse nuevamente con Selpha y tratar de sonsacarla?

Al cabo de unos momentos, regresó a la casa. Fue a la biblioteca y empezó a repasar los títulos de los libros, al objeto de encontrar uno que le proporcionase un rato de distracción. De pronto, vio un título muy llamativo: Copia de las actas del proceso seguido contra Sharmione Barclay, por los

delitos de brujería, nigromancia y asesinatos múltiples, con relación de sus abominables crímenes.

Parecía un libro interesante. Con él bajo el brazo, Land se encaminó hacia el primer piso. Una vez más, al hallarse en el corredor, se halló bajo la indefinible y poco agradable sensación de sentir una mirada ajena sobre su cuerpo.

Detuvo el paso y miró a su alrededor. El corredor estaba completamente desierto y reinaba un silencio absoluto.

Abajo, de pronto, empezaron a sonar las campanadas del gran carillón. Land contó hasta diez, mientras reanudaba su marcha hacia el dormitorio. Encendió la luz y se metió en la cama. Inmediatamente, se sumió en la lectura.

Los crímenes de Sharmione Barclay le repugnaron. Había sido una mujer despiadada, terriblemente cruel. En las actas se mencionaba su temprana viudez, a los veintitrés años y, aunque no se declaraba específicamente, se hacían insinuaciones respecto a la muerte de su esposo, treinta años mayor que ella.

En cuanto a sus actividades de brujería y nigromancia, Land encontró, evidentemente, muchas exageraciones. Sin embargo, los asesinatos estaban descritos con metódica frialdad, con una sucinta prosa legal que, sin embargo, causaba escalofríos al pensar en horrendos detalles que allí se despachaban en cuatro palabras.

Asimismo se mencionaba la maldición que Sharmione había lanzado, ya en el patíbulo, tras rechazar los consuelos de la religión, lo que había convencido a los jueces de su pacto con el demonio. Sharmione dijo que vagaría por la casa en espíritu y que su sombra sería roja y abrasaría a cualquiera que intentase residir en ella.

—Un día volveré allí y viviré eternamente con mis amantes —fueron sus últimas palabras, segundos antes de que el lazo del verdugo acabase con una vida de crímenes.

—Aquella mujer estaba loca, loca de remate —murmuró Land, mientras cerraba el libro.

Sumido en la lectura, no se había dado cuenta de que las horas habían pasado con inusitada rapidez. Era ya más de la una y encendió el último cigarrillo, disponiéndose a conciliar el sueño.

Casi en el mismo momento, oyó un agudísimo chillido.

CAPITULO VII

Land dio un salto en la cama, sobresaltado por aquel inesperado sonido, que venía a romper el absoluto silencio de la noche. Su susto fue mayor al darse cuenta de que el grito había sido emitido por Cleo.

Inmediatamente, se puso los pantalones y, todavía descalzo, corrió hacia la puerta. Salió al corredor y lo vio desierto.

—¡Cleo! —llamó a voz en cuello.

—Estoy en mi dormitorio —contestó la muchacha.

Land caminó unos pasos y abrió la puerta. Cleo, sentada en la cama, con el camisón, tenía una mano sobre su frente y parecía muy afectada.

—La he oído gritar... ¿Ha visto algo extraño? —preguntó Land.

—No estoy segura —repuso Cleo—. Quizá se trata sólo de una pesadilla. Me pareció sentir la presencia de un intruso... Casi diría que lo vi y por eso chillé... Shorty, lamento haberle hecho levantarse de la cama.

—No se preocupe, el caso es que se encuentre bien. Mire, si le parece, bajaré a la cocina y haré un poco de té... No, no se mueva; en realidad, no me ha despertado. Aún no había apagado la luz.

—¿Cómo es eso? —se asombró Cleo.

—Primero, tómese el té. Espere cinco minutos tan sólo, por favor.

Ella sonrió.

—A última hora, voy a pensar que hice bien al permitirle quedarse en la casa —dijo.

—De eso puede estar segura, Cleo.

Land descendió al primer piso. Notó cierto vientecillo y entonces se fijó en que la puerta estaba entreabierta.

Frunció el ceño. El tenía la seguridad de haberla cerrado a su regreso del corto paseo por la terraza. Y, aunque no había echado el pestillo de seguridad, sí se había fijado bien en el detalle.

Profundamente preocupado, cerró la puerta y se encaminó a la cocina. A los pocos minutos, hervía ya el agua del té.

Regresó al dormitorio. Cleo estaba en pie, cubierta con una bata, la mirada fija en un punto determinado.

—¿Ha visto algo? —inquirió Land.

—Mi bolso —contestó ella—. Acabo de fijarme en él.

—¿Tiene algo de interés en su interior?

Cleo no contestó. Se acercó a la consola y cogió el bolso.

—Todo está en orden, pero falta una cosa —dijo.

Land vertía el té en una taza.

—¿Algo de importancia?

—La pistola.

Sobrevino una intensa pausa de silencio. Luego, Land dijo:

—¿Está segura de que no la ha guardado en alguna otra parte?

—No. Desde que se la enseñé a usted, no había vuelto a verla. Ni siquiera había tocado el bolso cuando subí al dormitorio. Lo dejé en la consola y...

Cleo meneó la cabeza.

—Después de todo, puede que no fuese una pesadilla —añadió, muy preocupada.

—Entonces, vio algo real. —Land le entregó la taza humeante—. Beba, le entonará.

—Sí, lo vi —contestó la joven—. Ahora ya estoy completamente segura. Divisé una silueta junto a la consola, pero entonces creí que estaba soñando, aunque grité, por los mismos efectos de lo que suponía era una pesadilla.

—¿Hombre o mujer?

—Es difícil dar una respuesta exacta. Apenas si le veía los contornos...

—Grüning tiene el cabello completamente blanco. Aun en tinieblas, usted debería haberlo advertido.

—Entonces, no era él. No vi una cabeza con el pelo blanco. Pero una mujer puede usar una chaqueta ceñida y pantalones.

—Como usted.

—En efecto.

—Bien, admitamos que fuese una mujer, ¿Qué hizo ella después?

—Yo grité... y echó a correr.

—¿Salió por la puerta?

—Claro.

Land dio media vuelta y se asomó al corredor. Su habitación quedaba casi al fondo. Por tanto, la intrusa, no había tenido necesidad de pasar por delante de su cuarto. Y si pensaba que, seguramente, iba calzada con zapatillas de suela blanda, se comprendía que no hubiera hecho el menor ruido en su precipitada huida.

Tan precipitada había sido, que no le había dejado tiempo de cerrar la puerta de la casa.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Cleo, ¿sabe si existe algún plano del edificio?

Ella le miró, sorprendida.

—No tengo la menor idea...

—Ahora, descanse. Procure dormir y olvidar este mal rato. Mañana, cuando se levante, trate de buscar ese plano.

—¿Por qué quiere que lo busque?

Land inició la retirada.

—Encuéntrelo y se lo diré. Ciérrese por dentro —se despidió.

Apoyado en el tronco de un árbol, fumó apaciblemente durante unos minutos. Small House se divisaba en parte, oculta por más árboles. Pero él sabía que había sido visto.

Pasó media hora. De pronto, vio una figura que se le acercaba con paso mesurado.

—Diríase que me esperas —sonrió Selpha al llegar junto a él.

Land examinó críticamente a la joven. Ella vestía camisa a cuadros, chaquetón de paño oscuro y pantalones negros, con zapatillas de deporte.

—Quizá a tu hermano no le guste que nos veamos —contestó, después de una pausa.

—Waldemar es muy liberal. Nunca ha tratado de impedir... mis diversiones.

—De todos modos, yo no le soy simpático.

—¿Por qué lo dices, Shorty?

—Me aconsejó que cambiase de aires.

Ella rió burlonamente.

—¿De veras te dijo eso?

—Estoy segura de que lo sabes tan bien como yo, Selpha.

—No tengo ganas de seguir discutiendo tonterías —respondió ella con sequedad—. Debieras haberle enviado al diablo. ¿O te dio miedo?

—No. Simplemente, me extrañó. ¿Por qué ha de querer que me marche?

—Deberías preguntárselo a él en persona, me parece.

—Quizá tú puedas explicármelo.

—No sé nada —dijo Selpha envaradamente—. ¿Qué te han dado, Shorty? ¿Acaso la dueña de Barclay House te ha hecho beber alguna pócima con alucinógenos?

—¿Cómo sabes que Cleo Heaven está en la casa?

Selpha se sobresaltó.

—Se divisa desde aquí. Anoche vimos luces. Es lógico suponer que la dueña haya regresado.

—«Supones» que ha regresado. Pero, ¿cómo sabes que estuve con ella?

—Creo que será mejor que me marche...

Selpha inició la media vuelta, pero Land estiró la mano y la retuvo por el brazo.

—¡Suéltame! —gritó ella, rabiosa.

—Te he hecho una pregunta. Quiero la respuesta.

Selpha le miró con ojos llameantes un segundo y luego, de golpe, dio un violento tirón y logró desasirse. Pero Land actuó también con gran rapidez y se arrojó sobre la joven, sujetándola por el brazo derecho, mientras palpaba los bolsillos de su chaquetón.

—¿Qué haces? —gritó Selpha descompuestamente—. ¿Te has vuelto loco?

Land la soltó por fin.

—No, no la tienes —dijo.

—¿Qué supones debo tener encima?

—Una pistola calibre veintidós...

—Estás... ¿Por que diablos iba yo a llevar un arma y, además, robada?

—Esa pistola pertenece a Cleo y alguien entró anoche en su dormitorio. Ella vio a la persona intrusa y asegura que no era tu hermano.

—Claro, no fue Waldemar, por tanto, tuve que hacerlo yo.

—La tendrás en Small House. Selpha, hazme un favor, ¿quieres? Devuelve

la pistola a su dueña. O te denunciará a la policía.

Selpha irguió el busto orgullosamente.

—Que lo haga. Cometerá un espantoso patinazo y podemos demandarla por difamación. Anda, dile que vaya a la policía...

Land procuró hacer caso omiso del tono burlón de la joven. Mirándola fijamente, preguntó:

—Selpha, ¿a qué os dedicáis tú y Waldemar?

Ella hizo una mueca.

—Eso no es cosa tuya —respondió desabridamente—. Ni siquiera de la propietaria.

—Puede que tengas razón. Dime, ¿qué fue del cadáver de Reel?

—¿Has venido aquí sólo para insultarme? Después de lo que hubo entre nosotros, pensé que serías más amable, afectuoso..., pero tu comportamiento, a decir verdad, deja mucho que desear. ¡Es francamente detestable!

Selpha terminó su virulento apóstrofe y giró en redondo, alejándose con paso rápido. Land quedó en el mismo sitio, contemplándola en silencio, hasta que se hubo perdido de vista entre la arboleda.

De pronto, reparó en un detalle que no había percibido hasta entonces. ¿Por qué había sobre el tejado de Small House una antena tan rara? Si a los habitantes de la casa les gustaba la televisión, ¿era necesaria una antena tan diferente de las normales?

Lentamente, dio media vuelta y emprendió el regreso a su casa, maldiciendo la idea que había tenido de refugiarse en aquellos parajes. Lo que menos había encontrado era lo que más necesitaba: tranquilidad y soledad.

* * *

Cuando el coche se detuvo frente a la puerta, Land supuso que se trataba de Cleo. June acudió a abrir la puerta y oyó su voz al instante:

—¿En qué puedo servirla, señora?

Land aguzó el oído. Una voz conocida hirió sus tímpanos de inmediato:

—¿Puede anunciarme al señor Land? Soy Pamela Hardley.

El joven respingó a la vez que se ponía en pie. Unos segundos más tarde, estrechaba la mano de la recién llegada.

—Nunca hubiera imaginado verte por aquí, Pamela —dijo sinceramente—. ¿Te ha sucedido algo?

Ella parecía muy agitada.

—Necesito hablar contigo, Shorty —dijo.

—Claro... ¿No querrás aceptarme una copa?

—Sí, gracias.

Land observó que Pamela tenía la vista fija en otra parte. Al volver la cabeza, divisó entreabierta la puerta de comunicación con la cocina y se acercó para cerrarla. Luego destapó una botella.

—Está bien, empieza cuando gustes —dijo.

—Shorty, sólo nos vimos un par de veces..., pero he llegado a apreciarte muchísimo —contestó ella con voz insegura—. Se trata de...

Tomó un sorbo de jerez y movió la cabeza. Land la miraba con singular interés.

—Sé que has tenido dificultades con la dueña de Barclay House —manifestó.

—Es cierto —admitió Pamela. Yo quise... Bueno, las cosas no me salieron como esperaba y es inútil lamentarlo. Además, no he venido a hablarte de mi problema.

—Entonces, tú dirás.

Los ojos de la joven expresaban un extraño temor.

—Shorty, por favor te lo pido... hazme caso. Vete de aquí cuanto antes... Márchate de West Field inmediatamente...

Land se sobresaltó.

—Pero, ¿qué sucede? —exclamó.

—No puedo darte más explicaciones. Vete de aquí, márchate antes de que sea demasiado tarde.

Pamela apuró la copa de un rápido trago, la dejó a un lado y se encaminó hacia la puerta.

—Haz lo que te digo insistió.

Land corrió tras ella y la sujetó por un brazo.

—¡Pamela! Dime lo que sucede. Exijo una explicación...

Ella se desasió de un tirón y echó a correr.

—No puedo decirte más. Mi propia vida corre peligro... ¡Adiós, Shorty!

Pamela corrió hacia su coche, se sentó tras el volante y arrancó rápidamente. Cuando las ruedas daban las primeras vueltas, Land vio aparecer a Cleo.

—¡Shorty! ¿Qué es lo que ocurre?

Land se acarició la mandíbula pensativamente.

—Era Pamela Hardley —contestó—, Vino a advertirme que debía abandonar West Field cuanto antes. No sé qué es lo que sucede, la verdad.

—¿Por qué habrías de marcharte de aquí? —se sorprendió la muchacha.

—Eso es lo que me gustaría saber, Cleo.

—Pamela nunca me gustó, y eso que, prácticamente, no la he conocido. Pero el instinto...

Un terrible estruendo interrumpió de pronto a Cleo. El sonido se había producido a unos mil metros de distancia, pero en el silencio de la noche se percibió como si hubiese sucedido mucho más cerca. Y era el inconfundible ruido de un coche al estrellarse con un obstáculo.

CAPITULO VIII

Land y Cleo se quedaron paralizados por el asombro durante unos instantes. Luego, el joven, reaccionando, corrió hacia el garaje donde guardaba su coche.

—Es preciso hacer algo por esa pobre mujer —exclamó.

De súbito, Cleo lanzó un chillido:

—¡El coche se ha incendiado!

Land volvió la cabeza. Un rojo fulgor subía a las alturas, por encima de las copas de los árboles. Al mismo tiempo, oyó un alarido desgarrador.

Saltó al coche y lo puso en marcha instantáneamente. Cleo corrió hacia el vehículo y abrió la portezuela, sentándose junto al joven.

—¡Acelera, Shorty!

Land no necesitaba que se lo dijeran. Pisó a fondo y el coche arrancó brutalmente. Los faros rasgaban la oscuridad de la noche y formaban un túnel blanco bajo las tinieblas.* Pero a los pocos instantes, su luz resultó inútil.

El coche de Pamela ardía en pompa. Land deseó verla fuera del camino, aunque fuese, herida, pero un tétrico presentimiento le dijo que iban a llegar tarde.

Los ritos de Pamela se habían apagado. De pronto, cuando estaba a unos cincuenta o sesenta metros del coche incendiado, oyó un fuerte estampido.

Por fortuna, había aplicado ya el freno y el reventón de la rueda delantera izquierda no tuvo consecuencias. El coche se desvió un poco hacia aquel lado. Casi en el mismo instante, la rueda opuesta posterior estalló estrepitosamente.

—Pero ¿qué pasa aquí? —se alarmó Cleo.

Land terminó de frenar y saltó al suelo. A lo lejos se divisaban ya luces de varios coches que acudían desde Epping Village, situada a menos de un kilómetro de distancia.

Cleo abandonó también el vehículo. De pronto, lanzó un grito de dolor, a la vez, que empezaba a saltar a la pata coja.

—¡Me he clavado algo en el pie! —gritó.

Y se apoyó con la mano izquierda en un árbol, para llevar la derecha a la suela de su zapatilla de gimnasia.

Land se había acercado un poco al volante. A través del fuego, pudo divisar una sombra negra, junto al volante. El hedor de la gasolina incendiada se mezclaba con el de la carne que se consumía entre las llamas.

Dos o tres coches se detuvieron casi en el acto. Algunos individuos corrieron, portando sendos extintores, con los que trataron de atacar las llamas. Pero ya era tarde.

Land contempló el espectáculo con ojos sombríos. Aquel accidente no se había producido casualmente, por un descuido de la conductora, perturbada emocionalmente después de la entrevista. En aquel instante, Cleo se le acercó cojeando, con un objeto sostenido por el índice y el pulgar.

—Shorty, mira —dijo.

Land fijó la vista en el clavo de cuatro puntas. Era fácil comprender por qué habían estallado dos de los neumáticos.

Enders se acercó a la pareja.

—Un horrible accidente, si me lo permiten —dijo—. Tendré que hacer mi informe y citarles a ustedes como testigos.

—Por supuesto —contestó el joven—. Y cuando lo haga, diga que fue un asesinato.

Enders respingó. Cleo le puso la tachuela en las manos.

—Me la he clavado a través de la suela de mi zapatilla. Probablemente, encontrará más por el camino. El coche del señor Land tiene dos ruedas reventadas.

Enders estaba con la boca abierta, como estupidizado.

—No..., no puedo creerlo...

—Es la verdad —confirmó el joven sombríamente—. Alguien ha asesinado a la conductora de ese automóvil.

—¿La conocía usted, señor Land?

—Los dos la conocíamos —intervino Cleo—. Fue la procuradora de Barclay House, aunque ya había cesado en el cargo. Sin embargo, no sé qué ha venido a hacer aquí.

—Es terrible, terrible —murmuró Enders.

—Cuente con nosotros para todo lo que sea necesario —dijo el joven—. Por cierto, me gustaría que enviase alguien a ocuparse de mi coche. Puede hacerlo mañana, sin prisas. Tengo dos ruedas reventadas y no dispongo más que de una de repuesto.

—Mañana le enviaré un mecánico. Deje las llaves puestas, por favor.

—Gracias, señor Enders. Cleo, ¿podrás caminar?

—Sí...

—Esperen —dijo el policía—. Pediré que les lleven hasta West Field en uno de los coches que hemos traído.

Antes de abandonar aquel lugar, Land arrojó una última mirada al coche, incendiado. Las llamas habían perdido la mayor parte de su intensidad. El olor a carne quemada, sin embargo, era todavía muy fuerte.

Melancólicamente, pensó en aquella hermosa mujer que había vibrado de pasión en sus brazos. Ahora no era más que un montoncito de materia orgánica carbonizada. «¿Por qué ha tenido que morir?», se preguntó.

* * *

El pinchazo carecía de importancia. Apenas si había profundizado medio centímetro en la carne. Land limpió y desinfectó cuidadosamente la pequeña herida y luego la cubrió con una tira de tafetán adhesivo.

—Estarás bien en un par de días —vaticinó.

June llegó con una bandeja. Land puso café y coñac en una de las tazas y

se la entregó a la muchacha, sentada en una butaca y con el pie apoyado en una silla.

—Esta noche tendrás que quedarte aquí —sonrió—. No tengo coche para llevarte a Barclay House, aunque, si lo deseas, puedo ir a buscar tu camisón y la bata.

—No hay inconveniente —accedió ella—, Shorty, ¿quién ha asesinado a Pamela?

Land se incorporó y encendió un cigarrillo.

—¿Había estado en Small House? —murmuró.

—¿Cómo? ¿Sospechas de los hermanos Grüning? —se asombró Cleo.

—Tengo la impresión de que entre Pamela y los dos hermanos existían ciertas relaciones muy distintas de las que pueden existir entre un agente de fincas y sus clientes —contestó el joven—. Pamela, es indudable, sabía algo y vino a advertirme de que corro un peligro quedándome aquí. Pero no quiso ser más explícita.

—¿No te indicó los motivos?

—Dijo que no podía darme más explicaciones. Parecía muy turbada, angustiada puede que sea la palabra exacta. Se marchó muy agitada..., y tú sabes lo que ha sucedido después.

Cleo hizo un silencioso gesto de asentimiento.

—Pero todo esto está relacionado de alguna manera con Barclay House. ¿Has buscado los planos, como te indiqué? —preguntó Land.

—No he hallado ningún plano —contestó la muchacha—. ¿Qué esperabas que encontrase?

—Eso precisamente, los planos. Porque estoy pensando en la extraña desaparición de Waldemar Grüning..., y no es un espíritu, sino un ser de carne y hueso,

—Estás pensando en la posibilidad de un pasadizo —adivinó Cleo.

—Sí, exactamente.

Land se encaminó hacia la puerta.

—Por cierto, ¿has cerrado con llave?

—No, Shorty.

—Bien, te traeré ropa de dormir. ¿Necesitas algo más?

—Es suficiente, gracias —sonrió Cleo.

Land llegó a la casa, abrió la puerta y encendió las luces del vestíbulo. Inmediatamente, se sintió asaltado por aquella extraña sensación. Alguien le estaba mirando.

Pero no había nadie en la casa..., y el retrato de la perversa Sharmione era algo inanimado y carente de vida, a pesar de la perfección de la pintura. Subió al primer piso y entró en el dormitorio de la muchacha.

Buscó un maletín, en el que puso el camisón y la bata, así como unas zapatillas de noche. Luego se dispuso a emprender el regreso.

El pasillo estaba en penumbra. De pronto, vio algo que le hizo detenerse como petrificado.

Una figura avanzaba a lo lejos, moviéndose silenciosamente, deslizándose sin el menor movimiento de los pies. Land retrocedió hasta quedar en el umbral de la puerta.

Dudó de la integridad de sus sentidos. ¿Estaba viendo el fantasma de Sharmione?

El espectro avanzó unos cuantos pasos. Sí, su sombra era roja. Podía verlo perfectamente, reflejada en la pared opuesta, una sombra que parecía chorrear sangre continuamente.

Los ojos de Sharmione parecían hallarse en un rostro traslúcido, inmaterial. Land creyó que el fantasma iba a pasar por su lado, pero, de repente, desapareció tan misteriosamente como había surgido.

Land sacudió la cabeza. Estaba en perfectas condiciones. Apenas había tomado un sorbo de jerez. No eran siquiera las diez de la noche, no estaba adormilado ni era presa de una pesadilla.

Y, sin embargo, había visto al fantasma.

¿Le creería Cleo cuando se lo contase?

Volvió a salir del dormitorio. Al llegar a la escalera, se volvió.

Estaba solo en la casa. Sin embargo, no pudo evitar una extraña sensación, muy semejante al miedo.

Se preguntó si tenía una mente hipersensible, que le permitía ver cosas sobrenaturales. Al cabo de unos instantes, reanudó su camino.

Cuando llegó a su casa, Cleo, sentada en el butacón, contemplaba la televisión. Había un locutor dando noticias de un atraco aquella misma mañana.

«Sorprende la perfección de los hechos —decía el informador—. La policía sospecha que sea obra de la misma banda que ha robado ya una docena de bancos, con un botín muy próximo a las seiscientas mil libras esterlinas y sin que, hasta la fecha, se haya logrado apresar a ninguno de los ladrones... Pero quizá el inspector Sperry, encargado del caso, pueda facilitarnos algún detalle más de este intrigante asunto...»

Un hombre, de mediana edad, algo calvo y rubicundo, apareció en imagen.

«En realidad, poco puedo decir —manifestó, en contestación a las preguntas del locutor—. Debo admitir humildemente que teníamos una buena pista. Estábamos siguiendo a Georges Simmons, de quien sospechábamos era miembro de la banda, pero murió de una forma misteriosa...»

Land dio un respingo.

—¡Cleo! Es el hombre que murió en Barclay House —exclamó.

—Es cierto —contestó la muchacha—. Pero ¿qué vino a hacer en la casa?

—Todavía no lo hemos averiguado y, a juzgar por lo que ha declarado Sperry, aún no se conocen las causas de su muerte.

—Lo mató Sharmione, es decir, su espíritu.

Land volvió los ojos hacia la joven.

—¿Crees en esa leyenda?

—No —respondió Cleo—. Pero ¿de qué murió Simmons?

Hubo un instante de silencio. Luego, Land murmuró:

—Cleo, ¿qué dirías si te dijese que he visto el fantasma de Sharmione?

Ella le miró con ojos de asombro.

—Shorty, tú bromeas —exclamó.

—Hablo completamente en serio. He visto el fantasma.

—Por favor...

Land dejó el maletín a un lado.

—Sin embargo, no creo en hechos sobrenaturales. En Barclay House suceden cosas muy extrañas, que, sin embargo, tienen una explicación completamente terrenal. Aunque no sepamos encontrarla por ahora.

—Entonces piensas que, a pesar de haber visto el fantasma, no se trata de una aparición auténtica.

—Cleo, es cierto que, en ocasiones, se producen sucesos misteriosos, que están más allá de nuestra limitada mente. Pero un fantasma, no, en absoluto. Lo que he visto «parece» un fantasma, pero, forzosamente, ha de tener una explicación completamente lógica y absolutamente alejada de lo¡ sobrenatural.

Ella puso un codo sobre el brazo de la butaca y apoyó la barbilla en la mano.

—¿Qué aspecto tenía el fantasma? —preguntó, sonriendo—. ¿Era tan terrible como cuenta la leyenda?

Land sonrió también.

—Tenía un aspecto idéntico al del retrato —contestó.

—Y su sombra era roja.

—Sí. Parecía una mancha de sangre, chorreando continuamente, pero moviéndose al mismo tiempo. Y no creo que fuese una ilusión de mi mente.

—Entonces, fue algo real.

Land fue a la consola y se sirvió una copa.

—Quizá mañana llegue a saber qué es lo que he visto —dijo—. Y puede que también averigüe por qué, cada vez que entro en esa casa, tengo la sensación de que me miran unos ojos extraños.

—¿Los de Sharmione?

—No puedo darte una respuesta todavía — dijo Land.

CAPITULO IX

Después del desayuno, Cleo manifestó que se hallaba en condiciones de caminar.

—He apoyado el pie en el suelo y apenas me duele —dijo.

—En todo caso, ponte debajo un pequeño refuerzo de algodón —aconsejó él.

—Es una buena idea, Shorty.

Minutos más tarde, emprendían el camino hacia la casa, adonde llegaron cerca de las diez de la mañana. Debido a la lesión de Cleo, emplearon un tiempo superior al normal, lo cual les permitió disfrutar de un día realmente excepcional. Al llegar a la casa, vieron la puerta abierta.

Cleo se alarmó. Land avanzó unos pasos.

—Quédate aquí —ordenó.

Entró en el vestíbulo. Desde allí, pudo ver a un hombre en la biblioteca, en pie, junto a una mesa, hojeando distraídamente las páginas de un libro.

Land se movió con rapidez.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó desde la puerta.

El hombre se volvió instantáneamente, a la vez que metía la mano en el interior de la chaqueta.

—¿Quién es usted? —habló, visiblemente malhumorado.

—No creo que sea la persona más indicada para hacer esa clase de preguntas —dijo el joven—. ¿Se ha dado cuenta de que está en una casa ajena?

—¿De veras? —Se burló el individuo—. Seguramente, ha venido a echarme de aquí.

—Yo, no, pero sí puede hacerlo la dueña. ¡Cleo!

La muchacha cruzó el vestíbulo.

—¿Sí, Shorty?

—Dile a este individuo que se vaya.

—Primero me gustaría saber quién es y qué hace en mi casa.

—¿Es usted la propietaria? —preguntó el desconocido.

—Cleo Heaven —dijo ella.

—Me llamo Orville Random —manifestó el sujeto—. Pero no me dijeron que la casa estuviera habitada.

—Ahora ya lo sabe, señor Random. Yo vivo aquí y el señor Land es amigo mío.

Random sonrió tenuemente.

—Un hombre afortunado —comentó—. Está bien, puede que me haya equivocado. Me iré inmediatamente.

Agarró un maletín que tenía al pie de la mesa y se dispuso a salir de la biblioteca. Entonces, Land alzó una mano.

—Un momento, por favor.

Random le miró con curiosidad.

—¿Pasa algo? —inquirió.

—Acaso está buscando otra cosa... Small House, por ejemplo.

Hubo un instante de silencio. Random, apreció el joven, se había puesto tenso súbitamente.

Random habló al fin:

—Me marcho —dijo secamente.

Dio un par de pasos y se cambió el maletín de mano, para meter la derecha otra vez bajo la chaqueta.

—No intenten cortarme el paso —advirtió duramente.

Land agarró a la muchacha por un brazo.

—Déjale que se vaya —dijo.

Random pasó junto a ellos y se volvió, para caminar hacia atrás, sin perderles de vista. De pronto, cuando ya llegaba frente a la puerta, sonó un chasquido.

La tapa del maletín se abrió y su contenido se desparramó por el suelo. Land creyó que los ojos se le salían de las órbitas.

Decenas, cientos de billetes de banco, cayeron sobre el brillante pavimento del vestíbulo. Random lanzó una espantosa maldición.

Land presintió una violenta reacción por parte del sujeto y empujó a la muchacha hacia el interior de la biblioteca, cerrando de un portazo, justo en el momento en que sonaba un disparo.

La bala hizo saltar astillas del interior de la madera. Land empujó a Cleo y la hizo tenderse en el suelo. Sonó otro disparo y, por segunda vez, volaron astillas por el aire.

Tumbado junto a la muchacha, Land procuró tranquilizarla.

—Han sido disparos para amedrentarnos —murmuró a su oído—. Ahora recogerá el dinero y se marchará.

Ella asintió.

—Debe de ser un ladrón...

Repentinamente se oyó un horrible alarido.

Cleo sintió que se le ponían los pelos de punta. Land percibió los estremecimientos que sacudían su cuerpo y la abrazó con fuerza, a fin de infundirle ánimos. El grito, indudablemente emitido por Random, se apagó muy pronto.

Sobrevino un tétrico silencio. No se oía el menor ruido en la casa.

Land se incorporó un tanto. Cleo, aprensiva, le miró desde el suelo.

—Sigue ahí —murmuró él.

Todavía de rodillas, se acercó a la puerta y abrió una rendija. Sintió un escalofrío al ver el cuerpo inmóvil de Random.

Leves columnitas de humo brotaban de sus ropajes. El rostro y las manos habían adquirido un repulsivo color rojo. Flotaba en el aire un extraño olor, que recordó a Land el que había percibido la víspera, mientras el cuerpo de Pamela se consumía entre las llamas.

Land se puso lentamente en pie.

La puerta de la casa estaba abierta de par en par. Los ojos del joven captaron de inmediato un detalle harto significativo.

¡El maletín con el dinero había desaparecido!

* * *

Los días que siguieron fueron para Land una especie de pesadilla. Al fin, poco a poco, Barclay House y su vecindad fueron recobrando la calma y se alejó la turba de policías, periodistas y curiosos que habían acudido, atraídos por la inexplicable muerte de Random, debida, según parecía, a las mismas causas que la de Simmons.

Durante todo aquel tiempo, Cleo pernoctó en West Field. Land, por su parte, se tiraba de los pelos.

—Y pensar que me aconsejaron este lugar como una isla de tranquilidad absoluta...

—Lo siento —sonrió Cleo— . La culpa no es mía. Pero si quieres buscarte otra residencia, no te lo reprocharé.

—¿Piensas vender Barclay House? —preguntó él.

—Después de lo que ha sucedido, sería lo más prudente, ¿no te parece?

—Es una decisión que debes tomar personalmente —respondió Land—. Pero, de todos modos,, en Barclay House hay un enigma que me gustaría resolver.

—Te refieres a esos ojos invisibles que te espían cada vez que entras en la casa.

—Sí, desde luego.

—Bien, entonces ¿por qué no tratamos de resolverlo entre los dos?

—Ah, tú también...

—Soy la propietaria, no lo olvides.

—Muy bien. ¿Vamos ahora mismo?

—Vamos, Shorty.

Un cuarto de hora más tarde, entraban en la casa. Land se detuvo en el vestíbulo y miró a su alrededor.

—Sí, siento que nos están mirando —murmuró.

—Diríase que eres hipersensible...

—No puedo remediarlo. Y nunca me había sucedido nada semejante; hasta ahora, no había percibido esta sensación.

—A lo mejor, son los ojos del fantasma que te miran desde el más allá —bromeó Cleo—. Por cierto, ¿dónde lo viste?

—Arriba, en el corredor. Si quieres, te lo indico.

—Por supuesto.

Subieron al primer piso. De pronto, Land percibió un leve chispazo en un punto situado cerca del techo.

Casi en el acto presintió la verdad. Con voz aparentemente natural, dijo:

—Vi allí el fantasma, pero ahora no veo nada de particular. Vámonos, Cleo.

Ella se quedó desconcertada por la inesperada actitud del joven, aunque no hizo ningún comentario. Una vez fuera, Land agarró uno de sus brazos.

—Cleo, ¿sabes dónde está el interruptor general? —preguntó en voz muy baja.

—Sí —contestó la joven, sumamente intrigada—. Si quieres, te lo indicaré...

Land echó a andar detrás de ella, pero, de pronto, pareció rectificar.

—Aguarda —dijo—. Vamos a hacer algo mejor.

Fue a la cocina y buscó un par de cuchillos, con mango aislante. Allí mismo hurgó durante unos segundos en uno de los interruptores, hasta dejar los hilos al descubierto.

Luego acercó los dos cuchillos, en cruz. Inmediatamente, brilló un vivo relámpago azul y se oyó un seco chasquido.

Satisfecho, se volvió hacia Cleo, con la sonrisa en los labios.

—Ya está —dijo.

—Has hecho saltar los fusibles, pero ¿por qué? Habría sido más sencillo desconectar el interruptor general.

—Así creerán que ha sido una avería.

—No entiendo...

—Espera un momento, por favor.

Land salió por la puerta posterior y se dirigió al cobertizo donde se guardaban las herramientas de jardinería. A los pocos momentos, regresó con una escalera de mano, un martillo y un escoplo.

—Vamos al primer piso —dijo.

Devorada por la curiosidad, Cleo le siguió. Al llegar al corredor, Land desplegó la escalera y trepó hacia un punto determinado de la moldura que hacía de unión entre el techo y la pared.

Con el martillo, golpeó el escoplo, haciendo saltar trozos de estuco por los aires. A los pocos momentos, Cleo, atónita, divisó una singular estructura.

Land agrandó el agujero y luego metió la mano para, de un seco tirón, arrancar lo que parecía un pequeño proyector cinematográfico.

—Sujétalo —exclamó.

Cleo lo atrapó al vuelo. Land se bajó, cambió la escalera de sitio y luego se dispuso a realizar la misma operación en otro sector de la moldura.

Antes de asestar el primer golpe, introdujo el índice por un agujero que resultaba invisible desde el suelo. Hizo un gesto de satisfacción y de nuevo empezó a darle al martillo.

Momentos después, bajaba al suelo, con otro objeto en la mano.

—En el proyector, seguramente, encontraremos una película con el fantasma —dijo—. Y esto es una cámara de televisión, que envía imágenes a... —Suspiró—. De verdad, me gustaría saberlo, Cleo.

Ella continuaba sin salir de su asombro.

—Pero ¿por qué? ¿Quién ha hecho una cosa semejante? —exclamó.

Land meditó unos instantes. No tardó en llegar a una decisión.

—Nos llevaremos el proyector, pero dejaré la cámara donde estaba, aunque no en condiciones de funcionar. Una vez haya reparado los fusibles, alguien notará la avería y vendrá a investigar.

—Eso quiere decir que nosotros estaremos aquí aguardándole —adivinó la muchacha.

—Exactamente.

Land hizo una pausa.

—A menos que desees evitar posibles riesgos —añadió. Cleo sacudió la cabeza y sus cortos rizos se giraron como hilos de oro sacudidos por el viento.

—Siento más curiosidad que temor —confesó.

* * *

—Indudablemente, hay más cámaras en distintos sitios de la casa —dijo Land, mientras cenaban—. Sin embargo, creo que no hubiera sido conveniente inutilizarlas todas.

—Habrían entrado en sospechas, ¿no?

El joven asintió.

—Por ahora, saben que una cámara falla, pero desconocen los motivos. Claro que, simplemente, está desconectada. No obstante, presiento que esta noche alguien tratará de averiguar los motivos de la avería.

—¿Conoces su identidad?

—Estoy seguro de que piensas de la misma persona que yo —sonrió Land.

—Sí —admitió Cleo—. Pero ¿qué se proponen, Shorty?

—Tengo la seguridad de que esta noche podremos preguntárselo.

—Puede que lleve armas —dijo ella aprensivamente.

—He visto por ahí un buen bastón. Bien manejado, puede resultar un excelente medio de defensa.

Land se limpió los labios y se puso en pie.

—Bien, creo que ya ha llegado la hora de que hagamos funcionar el proyector de cine —exclamó.

Conectó el aparato, que había dejado situado sobre una mesita, apagó las luces y pulsó, el interruptor de arranque. La luz estaba dirigida hacia una de las paredes, precisamente la situada frente a la puerta que daba a la cocina.

Cleo se quedó atónita al ver la figura que caminaba con paso ingrávido, deslizándose de un modo que parecía suspendida en la atmósfera. Tras la mujer, se veía la sombra roja, estremecedoramente siniestra.

De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Shorty! ¡Es Selpha Grüning!

Land se quedó cortado. De repente, sonó un agudísimo chillido, a la vez que se oía un fenomenal estrépito de tazas y platos rotos.

—¡El fantasma, el fantasma! —gritó June.

Land corrió a encender la luz. June, aterrada, estaba en la puerta de la cocina. A sus pies, había un montón de trozos de porcelana rotos, en torno a la bandeja que se le había desprendido de las manos.

—Era sólo una película, June —se apresuró a calmar a la buena mujer.

Ella se puso una mano en el pecho.

—Esas cosas se avisan, señor —protestó—. Me he llevado un susto de muerte, créame.

—Otros también vieron ese filme y se asustaron terriblemente —sonrió Land—. Lo siento, June. Le ayudaré a recoger esos destrozos...

—No se preocupe, yo lo haré. Pero tendrán que esperar un poco para el café.

—Desde luego.

Land se volvió hacia la muchacha.

—Cleo, antes dijiste que era Selpha —le recordó.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Sí, salta a la vista, aunque parece evidente que se retocó un poco las facciones, para aumentar el parecido con Sharmione. Pero cualquiera que no la haya visto antes, puede creer, efectivamente, que es el fantasma.

—Como le sucedió a June. —Muy pensativo, Land añadió—: Ya decía yo que la cara del retrato me parecía conocida.

—En todas las ocasiones que has hablado con Selpha, ella iba sin el maquillaje que adoptó para la filmación de la escena —dijo Cleo.

—Es cierto. Además, ella tiene el pelo claro, aunque no demasiado, mientras que el de Sharmione es negro como ala de cuervo. Si añadimos el peinado distinto y el cambio que supone ver un rostro vivo y no inmóvil podremos tener la explicación de que yo no haya sabido reconocerla antes.

—Y, por otra parte, la mirabas con el lógico interés que despierta una mujer hermosa —sonrió la muchacha.

—No me lo reproches —pidió él—. Es muy guapa.

Hubo un momento de silencio y luego se puso en pie.

—Voy a ver si encuentro el bastón —anunció—. Luego volveremos a Barclay House, para esperar al que vaya a arreglar la avería de la cámara de televisión.

CAPITULO X

Reparados los fusibles, las luces funcionaban perfectamente en toda la casa. Por consejo de Land, Cleo encendió las de su dormitorio, cuyas cortinas corrió deliberadamente.

Asomándose con cautela, vio las luces de Small House.

—Lo mismo que les veo a ellos, nos ven a nosotros. Bueno, la luz de este dormitorio —dijo. Consultó su reloj—. Son las diez. Apagaremos dentro de una hora.

—Y no tardarán mucho en venir.

—Eso espero.

—Recuerda que tienen mi pistola. Es decir, suponemos que la tienen.

—Como estaremos esperándoles, seremos nosotros quienes estemos prevenidos —contestó Land—. Por tanto, podremos sorprenderles antes de que usen esa pistola.

De pronto, Cleo sintió un escalofrío.

—Shorty, ¿y si hubiese aquí una cámara de televisión? Ahora mismo podrían estar viéndonos..., y oirían todo lo que decimos...

—No lo creo, aunque revisaré la estancia cuidadosamente.

—¿Por qué no lo crees?

—Selpha me trajo aquí precisamente, el día en que murió Reel. Estuvimos..., bueno, hay cosas que no se deben decir...,, y no creo que a ella le gustase ser observada por su hermano.

—De modo que... —dijo Cleo, maliciosa.

—Sí, «de modo que...» —repitió él—. ¡Qué le voy a hacer! Soy muy débil con las mujeres hermosas; no lo puedo remediar.

—¿Te hubieras portado así, de haber estado casado?

—Si hubiese estado casado, no habría venido a West Field, con toda seguridad. Y ahora, en serio. Ella pudo haberme llevado a cualquier otro dormitorio, pero eligió éste, precisamente, el mismo en que Sharmione celebraba sus sangrientas orgías. Selpha quiso observar mis reacciones, pero a mí los sucesos que ocurrieron hace dos siglos y medio no me impresionan en absoluto.

—A mí, sí. Dormir aquí me causaba mucha aprensión; por eso elegí un dormitorio distinto, aunque en un principio dije lo contrario.

—¿Lo ves? —Sonrió Land—. Grüning especuló con el horror que podría producir a la gente dormir aquí y por eso no se molestó en instalar una cámara de televisión que, seguramente, hay en los demás dormitorios..., y también en cada una de las habitaciones inferiores. Puesto que sabía que nadie iba a ocupar esta alcoba, la dejó «ciega»..., y por dicha razón, Selpha me hizo venir aquí.

—Un razonamiento enteramente lógico —calificó la muchacha—. Pero ¿por qué instalar cámaras en todas, o casi todas las habitaciones? ¿Qué

utilidad podrían reportarle?

—Tendremos que hablar con los dos hermanos. Ese es un punto bastante oscuro y debemos esclarecerlo.

—Shorty, ¿crees que son ellos y no el fantasma quienes cometieron esos crímenes?

—Sí, sin duda alguna. Pero ¿cómo demostrarlo?

—No podemos —reconoció ella, desalentada—. Han utilizado un arma extraña..., y sería preciso encontrarla.

—Pero como no sabemos dónde está, no tenemos otro remedio que esperar a que ellos nos lo digan.

—Si quieren.

—Espero que se muestren cooperativos, Cleo.

—Yo no confiaría tanto en esa pareja de criminales. Son una gente despiadada..., y si se vieran en peligro, serían capaces de matarnos.

—Confío en que la cosa no llegue a tal extremo.

Land volvió a la ventana. Las luces de Small House continuaban encendidas.

—Siguen despiertos —murmuró.

* * *

Las once habían dado hacía rato. En la casa reinaba un silencio total.

Con el bastón en la mano, Land salió al corredor, totalmente a oscuras. Cleo le siguió, pisando de puntillas para no hacer el menor ruido.

Land llegó a la escalera y miró hacia abajo. Apenas si entraba un débil resplandor, producido por la luna en menguante. Retrocedió unos pasos, abrió muy despacio la puerta del primer dormitorio y regresó junto a la muchacha.

—Esperemos —siseó—. Alguien vendrá muy pronto.

Los minutos transcurrieron lentamente. Las campanadas de la medianoche sonaron con notas que les parecieron atronadoras. Volvió el silencio.

Minutos más tarde, se abrió la puerta. Land tuvo que apreciar el rectángulo vertical, algo más claro, en contraste con la negrura de las paredes. Una silueta apareció en el vano. Land tocó en el brazo a la muchacha y ella empezó a retroceder.

El joven esperó todavía unos instantes. Cuando vio que el recién llegado se dirigía hacia la escalera, retrocedió también y se escondió en el dormitorio, pero dejando la puerta entreabierta, a fin de poder ver el lugar donde se hallaba la cámara desconectada.

Sonaron pasos en la escalera. Cleo se dio cuenta de que tenía los nervios tirantes, a punto de estallar. Casi instintivamente, se metió, el puño en la boca, para no gritar.

Los pasos se acercaron y cesaron a los pocos instantes. Land vio que el hombre dejaba una escalera de mano y sacaba una lámpara eléctrica. A los pocos instantes, trepó por la escalera y divisó el hueco, ensanchado más de lo

normal.

Land le oyó lanzar una interjección. Desde su escondite, pudo apreciar que el sujeto trabajaba para conectar de nuevo los cables de contacto. A los pocos momentos, se oyó su voz: —La cámara estaba desconectada. No sé quién ha podido hacerlo. Voy a ver ahora qué pasa con el proyector de cine. Informaré de inmediato.

El individuo descendió de nuevo. Land decidió que ya era hora de actuar, y salió con todo cuidado, apoyando el bastón en su espalda.

—Cuidado, no se mueva —exclamó.

El hombre se sobresaltó terriblemente. Land adelantó la mano izquierda y le arrebató la lámpara, que enfocó de inmediato a su rostro.

Una exclamación de sorpresa brotó en el acto de sus labios:

—¡Agente Enders!

Tampoco Cleo pudo evitar un grito. Abandonó su escondite y se situó frente al policía.

—Pero... ¿cómo ha podido...?

Enders parecía confuso e irritado a un tiempo.

—No he cometido ningún delito —dijo hoscamente—. Sólo vine a reparar una cámara de televisión averiada. No es ilegal, creo yo.

—Esa cámara fue instalada sin mi permiso —exclamó Cleo.

—La señora Hardley dio ése permiso. Era la administradora de la propiedad.

—¿Es usted especialista de televisión? —preguntó Land.

—Entiendo un poco, señor. Soy el que arregla las averías de los televisores en Epping Village —contestó Enders.

—¿Dijo Pamela Hardley que instalasen también un proyector de cine, con el que se hacía creer a la gente en el fantasma de la sombra roja?

Enders se sobresaltó.

—¿Lo sabe usted?

—Shorty, mejor que hablarle del proyector, sería preguntarle quién le ordenó venir a reparar esta cámara —terció la muchacha.

—Es cierto —convino el joven—. Bien, Enders, conteste a lo que desea saber la dueña de esta casa.

Enders se turbó considerablemente.

—Es... Bueno, nunca hablo de mis clientes...

—Oh, vamos, vamos, no quiera dárselas de hombre honesto —dijo Land sarcásticamente—. No es un caso de secreto profesional y, además, usted es cómplice de los delitos que se han cometido en esta casa. Han muerto varias personas, ¿lo recuerda?

Hubo un momento de silencio. De pronto, Enders se volvió y asestó un tremendo codazo a Land. El joven, alcanzado de lleno en el plexo solar, se inclinó sobre sí mismo, con los pulmones momentáneamente vacíos de aire.

Cleo gritó, mientras retrocedía. Enders se precipitó hacia la escalera, que descendió a saltos. Land, con la mano en el estómago, caminó

dificultosamente, tratando en vano de alcanzar al fugitivo.

—Se nos escapa —gimió Cleo.

—Ahora ya... sabemos algo... más... Enders está perdido... No podrá ir muy lejos...

Land bajó a trompicones, pero sintiéndose mejor a cada segundo que transcurría. Alcanzó por fin la puerta y salió a la terraza.

Enders había desaparecido.

Land se quedó atónito.

—No puede ser —dijo—. Tendríamos que ver las luces de su coche.

—Ha podido dirigirse a Small House —apuntó la muchacha.

—Es el último sitio donde iría a esconderse —contestó Land.

Atravesó la terraza y alumbró la parte baja del jardín con la linterna. Preocupado, pensó en que Grüning había desaparecido también en cierta ocasión, de la misma forma misteriosa que lo había hecho el venal policía.

Lentamente, descendió la escalera central y miró a todas partes. De pronto, le pareció ver algo extraño en el lienzo de muro que tenía a su derecha.

—Cleo, ven —llamó.

La joven acudió en el acto.

—¿Has visto algo, Shorty?

Land se acercó a la pared y empujó con una mano. La puerta giró lentamente, sin el menor ruido, dejando a la vista una escalera que se hundía en las profundidades del suelo.

—Vamos a ver —dijo.

—Shorty, me siento muy aprensiva...

—Recorreremos solamente un pequeño trecho y volveremos en seguida —dijo él para tranquilizarla.

Encendió la linterna y puso el pie en el primer escalón. El aire del interior era perfectamente respirable, sin apenas olores, lo que le dijo que había sido utilizado con gran frecuencia.

Al final de la escalera, el túnel doblaba en ángulo recto hacia la izquierda y seguía un trazado perfectamente horizontal. Trescientos metros más allá, supuso Land, habría otra salida que debía dar a Small House.

Caminó una veintena de pasos. De pronto, vio un hueco en la pared. Había allí un par de maletas, una de las cuales reconoció en el acto.

—¡Mira, es el maletín de Random! —exclamó.

El dinero estaba allí, intacto. Apartó aquella maleta y abrió la que había debajo y que contenía igualmente una enorme suma de dinero. Pero también vio una carpeta llena de recortes de periódico.

Invadido por la curiosidad, abrió la carpeta y examinó los recortes. La mayoría de ellos hablaban de un famoso ladrón y asesino, llamado Eric Follingsbee quien, después de grandes esfuerzos, había podido ser apresado y juzgado. El tribunal le había sentenciado a cadena perpetua en Dartmoor.

Follingsbee había podido ser atrapado merced a la casualidad, al sufrir un terrible accidente de automóvil, que había estado a punto de costarle la vida.

El coche se había incendiado y él pudo escapar por los pelos, con el rostro horriblemente abrasado. Uno de los recortes contenía una ilustración, hecha por un dibujante, que había retratado imaginariamente al forajido, tal como había quedado después de ser curado.

—Sin duda, tomó apuntes durante el juicio, ya que está prohibido tomar fotografías en el tribunal —dijo Land.

—Tiene un aspecto horripilante —comentó la muchacha, estremecida—. Pero ¿qué relación hay entre Follingsbee y Grüning?

—El primero consiguió escapar de Dartmoor hace dos años. No han podido encontrarlo —respondió Land.

Cerró la maleta y puso encima la otra.

—Mejor será dejar todo tal como está —añadió—. No conviene que Grüning sepa que conocemos el secreto del pasadizo.

—Quizá por eso tiene aquí ese dinero, a fin de evitar un inoportuno registro en su casa —opinó Cleo.

—Nada más razonable —convino él—. Ahora, Grüning, sin embargo, está avisado...

—Puede que nos esté aguardando en Barclay House. O en West Field —se estremeció la muchacha.

—El pueblo está a una distancia que no es insalvable a pie —dijo Land—. Podemos ir y avisar a Scotland Yard de lo que sucede. —Fijó la vista en los maletines—. Incluso nos llevaremos el dinero y lo dejaremos en un lugar de confianza. Grüning podría sentir la tentación de escaparse y esto reduciría notablemente sus probabilidades.

—Muy bien, de acuerdo...

Cleo se interrumpió de repente. Land observó que tenía la vista fija en un punto del corredor, situado en dirección a Small House.

Volvió la cabeza. A treinta o cuarenta pasos se divisaba un bulto inmóvil en el suelo. Entonces fue cuando percibió un extraño olor, que no había advertido hasta aquellos momentos.

En el mismo instante, adivinó la identidad de aquella persona que yacía en el suelo del túnel, sumida en una quietud de tétrico significado.

CAPITULO XI

Land caminó lentamente, precediéndose con el haz de rayos de la linterna, hasta llegar junto al cuerpo inmóvil. Estaba caído de bruces y le dio la vuelta.

Detrás de él, sonó un grito sofocado.

—¡Enders! —dijo Cleo.

El joven se incorporó, respirando con fuerza.

—Ha muerto de la misma forma que los otros —murmuró.

—Esa muerte no se debe a la sombra del fantasma, Shorty.

—No, tiene un origen enteramente explicable, aunque nosotros lo ignoremos por el momento. Pero no cabe duda de que Enders se hizo de pronto un sujeto incómodo para Grüning.

—Y por eso lo han matado.

—Es algo que salta a la vista. Y eso me hace pensar una cosa.

—¿Sí, Shorty?

—Todavía ignoramos la forma en que murieron Simmons, Reel y Random. Sin embargo, es obvio que en Scotland Yard tienen ya los resultados de las autopsias. Y Enders recibió una copia, pero, sin duda, se lo calló.

—Así ha tenido que ser —concordó la muchacha—. Shorty, creo que debiéramos marcharnos ya —agregó, llena de aprensiones.

—De acuerdo.

Súbitamente, oyeron unos ruidos extraños.

Land había dado ya media vuelta y giró de nuevo el rostro hacia Small House. Cleo tiró de su brazo, pero él resistió el gesto.

—Aguarda un momento —pidió.

Las voces, resultaban ininteligibles, aunque en alguna de ellas podían advertirse notas de cólera. Atraído irresistiblemente por la curiosidad, Land avanzó un centenar de pasos. De pronto, se encontró al pie de una escalera que ascendía hacia la superficie.

Levantó la linterna. Al final de la escalera había un rellano, con otra escalera, ésta de peldaños de hierro, sujetos a la pared y que terminaba en un suelo de madera, evidentemente la trampilla que comunicaba con Small House.

De allí era de donde llegaban las voces. Land se atrevió a subir la escalera y apreció en la madera un hueco circular de cinco centímetros de diámetro, aunque cubierto por un grueso tejido que, sin embargo, no era obstáculo para que los sonidos lo atravesaran sin dificultad.

Aquel tejido correspondía a alguna alfombra de lujo. Y las personas que conversaban estaban casi directamente sobre su cabeza.

—Nos has engañado, Waldemar —protestó alguien—. La policía sigue nuestros pasos... El asalto resultó un fracaso.

—Los informes eran buenos —dijo Grüning sosegadamente—. Empleé para ello uno de mis mejores sabuesos, Andy North.

—¿A quién te refieres? ¿A Simmons? ¿Dónde está? Porque me gustaría darle un buen puñetazo en las narices...

—A Simmons lo mató el fantasma —intervino otro individuo con voz críticamente burlona—. Pero, Waldemar, estoy con Andy; nos has engañado.

—Pudimos escapar de milagro —agregó North—. Dos de los muchachos se quedaron allí, acribillados a balazos. Randler está en la cárcel.

—Y vosotros dos, aquí —dijo Grüning.

—Tan seguros como si no hubieseis otro un plato en vuestra vida —sonó de pronto la voz de Selpha—. Vamos, Harry Sloan, tómate un buen trago. Verás las cosas de otro color.

Cleo llegó junto al joven y le tiró de la manga. Land se puso un dedo en los labios, indicándole silencio. Lo que estaba escuchando era terriblemente interesante. Empezaba a comprender los motivos de la estancia de la pareja en Small House.

—Y, además —dijo Grüning—, pudisteis salvar el botín, que, a fin de cuentas, es lo interesante.

—¿Cuánto, Andy? —preguntó Selpha.

—Setenta mil —contestó hoscamente el interpelado.

—Pero dos tercios de esa suma corresponden a las familias de los dos muertos y a Randler, que necesitará una buena defensa.

—Yo me encargaré de ello —se ofreció Grüning—. Naturalmente, deduciré mi quince por ciento de la suma total.

—Estás muy equivocado, Waldemar —dijo North heladamente.

Sobrevino una pausa de silencio. Land pensó que arriba ese silencio podría cortarse con un cuchillo, de tan denso que era.

Grüning habló al fin.

—No te he entendido bien, Andy —dijo.

—He hablado con absoluta claridad. Estás equivocado.

—Andy, encanto, dinos por favor en qué consiste el error —solicitó Selpha melosamente.

—Consiste en que debe deducirse de los dos tercios que son para Harry y para mí. Lo que corresponde a los otros, debe serles entregado íntegramente. A sus familias, claro.

—A fin de cuentas, no utilizan tus «servicios», Waldemar —añadió Sloan burlonamente.

—De modo que ésa es la decisión que habéis tomado —dijo Grüning.

—En efecto. Harry y yo nos quedamos con un cuarenta por ciento del botín, veinte para cada uno, en total, veintiocho mil libras. El quince por ciento de esta última cifra, si no me equivoco, son mil doscientas libras.

—Tómalo o déjalo —dijo North.

—Los informes eran buenos y yo no tengo la culpa de que en el momento en que salíais del banco pasara un coche de la policía, con una patrulla de los «especiales»... —empezó a decir Grüning.

—Tiran como diablos —gruñó North.

—Eran dos solamente y parecían diez —se lamentó Sloan—. Ni siquiera puedo explicarme todavía cómo estamos vivos Andy y yo. Suerte que pudimos perforarles dos de las ruedas de su coche...

—Insisto en que los informes eran buenos. El trato es el quince por ciento de la suma «total» —subrayó Grüning firmemente—. Lo que les sucedió a los otros entra en los riesgos del oficio y yo no tengo nada que ver con las familias de dos muertos y un preso.

—El importe del «hospedaje» son diez mil quinientas libras —reclamó Selpha.

Hubo un instante de silencio. Land se imaginó a los dos forajidos consultándose con la mirada. Pero, de pronto, sonó la voz de Grüning, jovial, despreocupada.

—Bueno, bueno, será mejor que lo discutamos en otro momento —propuso—. Ahora vamos a tomarnos una copa. Si tenéis el dinero aquí, a fin de cuentas, el golpe ha sido un éxito y eso es lo que cuenta... ¡Caramba, la botella está casi vacía!

—Iré a buscar una —dijo Selpha.

—No, hermanita, no es necesario que te molestes; yo buscaré esa botella.

Cleo tiró nuevamente del brazo del joven. Land comprendió que ya habían escuchado suficientemente y accedió a la retirada.

Descendieron lentamente la escalera. De repente, sobre sus cabezas, se oyó el seco estallido de un disparo.

Casi en el acto, percibieron el ruido de la caída de un cuerpo humano. Alguien lanzó un agudo grito de cólera:

—¡Te has vuelto loc...!

Un segundo disparo interrumpió a Sloan. Cleo, espantada, volvió a tirar del brazo de Land.

—Vamos, Shorty, vamos... Corre... Los han asesinado...

Land no se hizo de rogar en esta ocasión. Agarrando a la muchacha por la mano, alumbró el camino con la linterna, para emprender una veloz retirada. Saltaron por encima del cadáver de Enders y, al llegar al hueco, él le entregó la lámpara.

—No vamos a dejar aquí este dinero —exclamó—. La policía tiene que hacerse cargo de él.

—De prisa, de prisa, Shorty —le apremió ella.

Continuaron su carrera. Cuando llegaban a la salida, oyeron unos ruidos extraños a lo lejos.

Land se imaginó lo ocurrido. Los cuerpos de los dos atracadores habían sido arrojados al sótano.

—Ahí no los descubrirán jamás —aseguró Grüning.

Fue lo último que oyeron. Alcanzaron la salida y corrieron hacia la casa.

En Small House, Grüning y Selpha cambiaban una mirada.

—Las cosas se han puesto muy calientes —dijo él.

—Sí —convino la joven.

—Deberíamos marcharnos cuanto antes...

—Hay una pareja que puede resultar muy incómoda —dijo Selpha.

—Tenemos tiempo de sobra. ¿Por qué no los liquidamos?

—¿Por el procedimiento del fantasma?

—Cualquier procedimiento es bueno.»

—En todo caso, tú podrías encargarte del hombre.

—Muy bien, como quieras. ¿Vamos?

Grüning y Selpha descendieron al sótano momentos más tarde. El llevaba a la espalda una mochila, en forma de caja, sujeta por unas correas. Selpha tenía en el cinturón la pistola de Cleo.

Los cuerpos de North y Sloan yacían en un confuso montón de brazos y piernas. Pasando por encima de ellos, corrieron a lo largo del sótano, alumbrados por la lámpara que ella sostenía con la mano izquierda.

De repente, Selpha se detuvo, a la vez que lanzaba un espantoso grito de cólera:

—¡Han estado aquí y se han llevado los dos maletines!

* * *

Land y Cleo entraron en la casa y se detuvieron unos instantes, para tomar aliento. Las maletas con el dinero fueron a parar debajo de un gran sofá, invisibles para cualquiera que no estuviese enterado de su situación.

Unos momentos después, Land buscó el teléfono. A los pocos momentos, volvió a dejarlo en la horquilla.

—Sigue inutilizado —anunció.

—Seguramente, Enders cortó los hilos —dijo ella.

Land frunció los labios. Estuvo indeciso unos momentos y luego, de pronto, se separó de la mesa y empezó a seguir el hilo telefónico.

Estaba al descubierto, aunque muy bien disimulado, debido a la antigüedad del edificio, que no había permitido empotrarlo en la pared. Land vio que el cable desaparecía en una habitación contigua, cuyas ventanas daban a una de las fachadas laterales. Siguiéndolo cuidadosamente, lo vio que salía al exterior por la ventana más próxima.

Asomándose, por medio de la linterna, vio que el hilo ascendía unos metros y luego se perdía horizontalmente en dirección a Epping Village. El haz de rayos luminosos de la linterna le permitió ver el corte, a pocos metros.

Regresó al vestíbulo. Cleo le miraba ansiosamente.

—Ya he encontrado el corte —dijo él—. La escalera usada por Enders sigue arriba. No será difícil hacer un empalme.

—Ten cuidado con las cámaras de televisión —le recordó ella.

—No te preocupes; trataré de situarme fuera del campo en todo momento.

Inesperadamente, Cleo echó a andar a su lado.

—¿Adónde vas? —preguntó Land.

—Tengo mi equipaje arriba —respondió ella—. Apenas hayamos

telefoneado, abandonaré la casa. Tardaré mucho en volver a este horrible lugar.

—No es agradable, en efecto —admitió Land.

Después de bajar la escalera hasta el vestíbulo, fue a la cocina y buscó unas tijeras, para pelar el cable y poder hacer el empalme satisfactoriamente. Registró varios cajones y pudo encontrar un rollo de cinta adhesiva. Serviría como aislante, hasta que los técnicos de la compañía hicieran una reparación en debida forma.

Mientras tanto, Cleo subía a la habitación que ocupado hasta aquellos instantes. Antes de encender la luz, se acercó a la ventana y buscó Small House con la vista.

Allí todo parecía tranquilo. Las luces estaban apagadas. No parecía posible que estuviesen vigilando los monitores de televisión. Debían de estar muy ocupados con los cadáveres.

Movió el interruptor, vino la luz y se dirigió al armario donde tenía la maleta. Con ella en la mano, fue hacia una mesa, en donde la dejó, para hacer el equipaje con más comodidad. Nerviosa, hizo un gesto en falso y derribó un jarrón que había sobre la mesa.

El jarrón se volcó, rodó un poco y acabó por caer al suelo, donde se hizo mil pedazos. Algo quedó al descubierto y Cleo contempló aquel objeto con ojos fascinados.

Era una bola de más de diez, centímetros de diámetro, perfectamente esférica, como una gigantesca perla, de brillante superficie, que parecía estar habitada por un genio misterioso, que le infundía vida y calor. Agachándose, tomó la bola en el hueco de la mano y contempló los cambiantes fulgores rojizos que se desprendían de ella, alternando con chispazos azules, anaranjados y amarillos, de singular belleza.

Al cabo de unos segundos, reconoció la joya.

—El ópalo de Sharmione —murmuró.

Era la misma bola que aparecía en el cuadro, la que aquella bruja había utilizado para sus artes nigrománticas, prediciendo a sus víctimas un futuro muy distinto del que les aguardaba en realidad. Alguien, probablemente su misma dueña, al verse acosada por la justicia, había escondido el ópalo en el jarrón, donde había permanecido nada menos que doscientos cincuenta años.

Durante unos segundos, absolutamente fascinada por el ópalo, perdió toda noción del tiempo y de la realidad, creyéndose completamente fuera de este mundo. Pero una voz burlona, de repente, la hizo volver en sí.

Cleo levantó la cabeza. Aterrada, vio a Grüning en el umbral de la puerta, sonriendo con expresión diabólica.

—Parece que he llegado a tiempo —dijo el asesino.

CAPITULO XII

Land terminó de hacer el empalme y se dispuso a bajar de la escalera. Entonces oyó una risita.

—¿Eres técnico en averías telefónicas?

Land miró hacia abajo. Selpha, con una pistolita en la mano, le miraba burlonamente.

—Pensaba avisar a la policía —contestó él con glacial acento—. Y supongo que te imaginas los motivos.

—Desde luego, pero, como puedes comprender, no te lo voy a permitir.

—Habéis cometido muchos crímenes —dijo Land, acusador.

—Todo depende del punto de vista, Shorty.

—¿Cuál es el tuyo, si puede saberse?

—Supervivencia.

—Con mucho dinero, claro.

—Sin dinero, no se sobrevive; se malvive.

—Una excelente filosofía. Selpha, dime, ¿qué objeto tenían las cámaras de televisión?

—Tenemos varios monitores en Small House. Queríamos hacer de Barclay House una especie de casa de reposo.

—Donde se esconderían amigos vuestros con «pasta» en abundancia. Pero podríais vigilarlos por medio de las cámaras, ¿no es así?

—En efecto. Algunos podrían sentir la tentación de engañarnos, respecto al botín conseguido.

—Y ello, a pesar de la red que Waldemar había organizado, para conseguir información sobre los lugares más «atractivos».

—No fallas una —dijo Selpha, riendo burlonamente—. Era un buen plan, sólo que tú viniste a estropearlo.

—¿Sólo yo?

—Bueno, y la entrometida propietaria, que regresó antes de lo previsto.

—No entiendo...

—Está bien claro. Pamela actuaba como procurador, pero no contó con la imprevista muerte de la propietaria, Elspeth Marston, y la aparición de una inesperada heredera.

—Lo cual, naturalmente, trastocó vuestros planes.

—Sí, en efecto.

—Pero ya habíais conseguido unos buenos montones de dinero.

—Dijeron haber conseguido una suma inferior a la auténtica.

—¿Era Simmons también un atracador?

—No, sino uno de nuestros informadores, pero tuvo la mala ocurrencia de entrar en un lugar que no debiera haber conocido jamás.

—Ya, tenía que ser un secreto exclusivo tuyo y de Waldemar.

—Justamente. Los «clientes» también lo habrían sabido, pero sólo ellos.

—Reel, supongo, cometió el mismo error que Simmons. ¿Le habéis cavado una fosa?

Selpha rió perversamente.

—Pronto cavarán otra para ti, Shorty. Sin embargo, antes tienes que decirme dónde has escondido el dinero.

—Está en la casa... Por cierto, no veo a tu hermanito.

—No es mi hermano —dijo ella.

Land arqueó las cejas.

—¿Tu... marido?

—Sin papeles ni bendiciones.

—Olí, comprendo.

—Ahora está arriba, con la dueña.

El joven sintió que se quedaba sin aliento. Selpha volvió a reír.

—A Cleo la matará el fantasma —añadió.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Land simuló vacilar en lo alto de la escalera. En realidad, se inclinó un poco para dejar caer las tijeras de punta.

Selpha lanzó un espantoso grito al sentir que se le clavaban las tijeras en la mano con que sostenía la pistola. El arma cayó al suelo y Land saltó directamente desde el último peldaño.

Ella le cerraba el paso y la apartó de un tremendo empellón, que la hizo rodar por tierra. Inmediatamente, Land se lanzó hacia la casa. En su precipitación por salvar a Cleo, se olvidó de la pistola.

* * *

—Es bien sencillo —dijo Grüning—. La mochila que tengo a la espalda es un elevador de tensión. Puede usarse solamente durante un tiempo muy breve, pero es más que suficiente.

Ella contemplaba fascinada al sujeto. Grüning no dejaba de sonreír en ningún momento.

De pronto, se dio cuenta de que era una sonrisa forzada, casi mecánica, como si padeciese un extraño envaramiento en los músculos de la cara. Pero era un detalle de poca importancia en aquellos momentos.

—Como puede apreciar —siguió Grüning, a la vez que se arrodillaba junto a la puerta—, por medio de este cable, se conecta el elevador a la corriente. Luego, fíjese bien, porque va a saber prácticamente cómo funciona, se desenrolla este otro cable, unido también al aparato... Aquí, como puede ver, hay una varilla de metal, aislada, pero extensible, al extremo de la cual están los dos polos del cable que transmite la descarga eléctrica. Y cuando todo está listo, basta darle al interruptor para...

Cleo, desesperada, se dijo que debía hacer algo en lugar de someterse mansamente a una muerte horrible. No, no podía quedarse quieta, esperando la acción del matarife.

Bruscamente, saltó hacia adelante. Grüning, entretenido en desenrollar el

cable, resultó pillado por sorpresa y no pudo evitar el ataque de la muchacha.

—¡Quieta, maldita!

Cleo sólo pretendía darle un empujón que le apartase de la puerta, para conseguir el paso libre. Pero su golpe resultó fallido en parte y las manos, en lugar de alcanzar el pecho de Grüning, llegaron a su cabellera.

Grüning se había agachado a fin de esquivar el ataque de la chica. Ella agarró los cabellos con ambas manos. Así era mejor, pensó, mientras tiraba con todas sus fuerzas.

Entonces, inesperadamente, se quedó con la blanca cabellera en las manos. Y también con algo más.

La piel del rostro se despegó. El hombre se enderezó. Cleo sintió un horror infinito, al ver aquellas facciones, abrasadas por el fuego, sin pestañas, sin cejas, con el cráneo completamente mondo, extirpada por las llamas hasta la última raíz del pelo.

Con la boca abierta, pero incapaz de gritar, retrocedió un paso.

En un instante, había comprendido.

—¡Follingsbee!

Una horrible mueca apareció en aquel espantoso rostro. Hirviendo de furia, el asesino estiró la varilla de metal y movió con la mano izquierda el interruptor situado a la izquierda de la mochila.

—No lo repetirás a nadie —aseguró.

Cleo decidió vender cara su vida. Súbitamente, agarró una silla y la arrojó hacia adelante con todas sus fuerzas.

El hombre intentó saltar a un lado, pero no consiguió eludir el golpe por completo. La silla le alcanzó en el brazo derecho, que se elevó y retrocedió a un tiempo.

Los extremos de los cables, separados por una distancia no superior a los veinte centímetros, chocaron contra su rostro.

Hubo un chasqueante estallido de luz azulada. El asesino emitió un terrible alarido. Sus ropas empezaron a humear, a la vez que su piel enrojecía violenta y hediondamente. Las luces de la casa oscilaron.

Follingsbee permaneció un instante en pie, despidiendo un horripilante vapor por su cabeza y sus manos, mientras su cuerpo se estremecía con agudísimos espasmos. Luego, de pronto, perdió el equilibrio y cayó de bruces.

Cleo reaccionó. Aunque todavía estaba bajo el pánico que le había infundido aquel diabólico sujeto, pudo mantener un resto de serenidad que le permitió desconectar la mochila. Land apareció en aquel mismo instante.

—¡Cleo!

Ella corrió hacia el joven.

—Quiso matarme... Me defendí y él mismo se electrocutó...

—Será mejor que nos marchemos —dijo Land—. Selpha está abajo, aunque, por fortuna, inutilizada.

Sosteniendo a la muchacha por la cintura, buscó el camino de la escalera. Cuando llegaban al vestíbulo, apareció Selpha.

Su mano derecha pendía al costado, chorreando sangre. Pero la pistola brillaba en la izquierda, completamente sana.

El hermoso rostro de Selpha aparecía ahora deformado por una expresión de odio infinito. De su boca babeante brotaban sonidos ininteligibles.

—No os dejaré salir vivos...

Levantó la mano armada y apuntó un instante, pero pareció como si flaquease un poco y tuvo que retroceder. Para no caer al suelo, hubo de apoyar la espalda bajo la pared, justo bajo el cuadro.

De repente, todo su cuerpo fue sacudido por una espantosa convulsión. Su mano sufrió un fortísimo espasmo y la pistola saltó por los aires.

La boca de Selpha se abrió para gritar, pero no consiguió emitir el menor sonido. Land vio una cosa roja que goteaba del cuadro y caía sobre la cabeza y los hombros de la joven.

Sonidos entrecortados, inhumanos, brotaban de la garganta de Selpha. Espeluznado, Land pudo ver que la sombra roja de Sharmione chorreaba en enormes goterones sobre el cuerpo de Selpha. Luego, las rodillas de la joven se doblaron y cayó inmóvil sobre el pavimento.

Y todavía seguían cayendo gruesas gotas rojas sobre su cuerpo.

* * *

Land entró en la casa y se acercó a Cleo, sentada en una butaca.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Mejor —contestó ella, con una ligera sonrisa.

El joven contempló el objeto que había sobre la mesa, cubierto por un trapo blanco, pero no dijo nada sobre el particular.

—Ya se han llevado los cadáveres. Todos —anunció.

Cleo asintió.

—Entonces, podemos decir que se han acabado las pesadillas.

—Sí, justamente.

Ella se pasó una mano por la frente.

—Shorty, ¿vimos... la sombra de Sharmione abrasar a Selpha? ¿O fue una alucinación por nuestra parte?

—El inspector encargado del caso trajo un técnico —explicó Land—. Este técnico, muy experto en obras de arte antiguas y también, como es lógico, en materiales de pintura, piensa que hubo un fallo en el sistema de iluminación del cuadro. Tú sabes que, cuando se encendían las luces del vestíbulo, se encendían también las dos lámparas que lo iluminaban, situadas sobre la parte superior. Ahí debía de haber un falso contacto y Selpha se electrocutó al arrimarse al muro. Recuerda, llevaba un vestido muy escotado y la excitación del momento la hacía sudar copiosamente. Esto, como es lógico, facilitó la propagación de la corriente a través de su cuerpo.

»Pero al mismo tiempo, el cable defectuoso desprendía calor y fue lo que derritió la pintura roja, en la que entraba una importante parte de óxidos

metálicos. Sin duda, era la composición del color, que el artista quiso acentuar al pintar el cuadro... y lo que vimos fue pintura derretida y no la sombra, que, lógicamente, ha desaparecido.

Ella meneó la cabeza.

—Nunca me convencerán de que fue sólo pintura, Shorty —murmuró.

—Quizá yo esté de acuerdo contigo, pero, si no creemos por completo en lo sobrenatural, es una explicación tranquilizadora. Sharmione dijo que maldeciría a todos los que intentasen residir en Barclay House, lo cual no ha sido cierto. Tu tía Elspeth vivió muchísimos años y falleció más por la edad, que por una enfermedad. Y sus padres y sus abuelos también vivieron allí y nunca les ocurrió nada.

—Tía Elspeth sostenía la teoría de que Sharmione no había sido tan mala como se dio a entender en su época y que algún día haría sentir su influencia para proteger a los moradores de la casa, si alguien intentaba causarles daño injustificadamente. Pero eran eso sólo, opiniones...

—Quizá haya algo de verdad en lo que dijo tu tía —admitió Land—. En todo caso, los problemas ya se han acabado: para la policía y para nosotros. Barclay House ya no será el refugio para criminales que quiso montar Follingsbee, con fantasma incluido, para darle más ambiente. Ahora se podrá vivir en la casa, sin temor a nada... ni siquiera a la sombra roja del fantasma.

—¿Aceptarías tú vivir en Barclay House?

—Ahora, no. Conviene dejar pasar un tiempo. Es preciso que la casa se... se «ventile». Pero más adelante, ¿quién sabe? ¿Por qué no?

—Tienes un trabajo —mencionó Cleo.

—Lo acabaré. Es muy importante para mi futuro. Ahora podré dedicarme a él sin complicaciones. Son unos cálculos muy largos, muy costosos y difíciles, sobre una construcción muy peculiar..., pero eso no importa ahora demasiado, ¿verdad?

—No lo creo —contestó ella.

Land hizo un gesto con la cabeza.

—El dinero ha sido recobrado casi íntegramente —murmuró—. Follingsbee, bajo el nombre de Grüning, necesitaba cómplices para el perfecto desarrollo de su plan. Pamela, Enders...

—Pero los asesinó.

—Tuvo un fallo en la elección de esos cómplices y presintió que podían causarle dificultades, eso es todo.

Hubo un momento de silencio. De pronto, Land quitó el trapo que cubría la esfera de ópalo.

—Es maravillosa —dijo—. Debe de valer una fortuna.

—La bola adivinadora de Sharmione —murmuró Cleo—. No sé si venderla...

Land agarró la esfera con las dos manos y la miró fijamente.

—Voy a adivinar tu porvenir —anunció.

—Oh, Shorty, pero, ¿es que crees en esas fantasías? —se escandalizó la

muchacha.

—¿Por qué no? Escucha... Estoy viendo una hermosa muchacha, de ojos azules, pelo corto, color bronce dorado, muy esbelta... Alguien le va a pedir que se case con ella... Es un hombre joven, no mal parecido, con buenas perspectivas en su profesión...

—¿Dice la bola cuál es la respuesta de esa chica? —preguntó Cleo.

—La bola nunca falla en sus respuestas —respondió él, muy serio.

—Bueno, dilo de una vez. Estoy impaciente.

Land le entregó la esfera de ópalo.

—Míralo tú misma —invitó.

Cleo contempló la esfera unos momentos y luego alzó sus ojos, hasta que su mirada se encontró con la del joven.

—La respuesta es afirmativa —dijo.

FIN